

2
12327

Año III

Núm. XXIII

REVISTA

DE

EXTREMADURA

Historia—Ciencias—Artes—Literatura



CÁCERES—MAYO—1901

SUMARIO

Supersticiones extremeñas, por **Publio Hurtado**.—Victorianas, por **Narciso Díaz de Escovar**.—Poetas placentinos contemporáneos de Lope de Vega. (*Continuación*), por **Daniel Berjano**.—¿Quién gobierna á ello?, por † **Adolfo Vargas**.—Deshielo, por **Diego Maria Crehuet**.—Crónica regional, por **Un Cacerense**.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. C. O.=Torrejóncillo.=Pagada suscripción 1900.	Sr. D. A. M.=Plasencia.=Pagada suscripción 1901.
Sr. D. C. R.=Badajoz.=Id. 1901.	Sr. D. M. L.=Plasencia.=Id. id.
Sr. D. J. G.=Don Bonito.=Id. id.	Sr. D. A. D.=Plasencia.=Id. 1900 y 1901.
Sr. D. G. P.=Béjar.=Id. id.	Sr. D. E. G. M.=Plasencia.=Id. 1901.
Sr. D. J. A. C.=Coria.=Id. id.	Sr. D. A. G. M.=Plasencia.=Id. id.
Sr. D. J. B.=Plasencia.=Id. id.	Sr. D. C. S. C.=Plasencia.=Id. 1900 y 1901.
Sr. D. A. G.=Plasencia.=Id. id.	Sr. D. C. G. J.=Plasencia.=Id. 1901.
Sr. D. E. E.=Plasencia.=Id. id.	Sr. D. M. P.=Malpartida de Plasencia.=Idem id.
Sr. D. J. R.=Plasencia.=Id. id.	Sr. D. R. G. P.=Alcuéscar.=Id. id.
Sr. D. P. S. O.=Plasencia.=Id. id.	
Sr. D. A. G. M.=Plasencia.=Id. id.	

GRAN BAZAR EL PRECIO FIJO

PINTORES, 5, CÁCERES



Exposición permanente de objetos de capricho.—Gran surtido en bastones, quitasoles, sombrillas, paraguas y abanicos.—Perfumería, bandejas, hules, transparentes, cromos, vajillas, servicios para casinos y espejos.—Aparatos y material para luz eléctrica, etcétera, etc.—Juguetes, objetos para bordar y tiras bordadas.—Timbres eléctricos.—Zonófonos, Fonógrafos á 60 pstas.—Lámparas, maletas y sacos de mano.—Molduras y galerías, sellos usados, filtros de amianto, esponjas y la mar de objetos.—Platería: completo surtido en todo cuanto se pida. Se hacen composturas.—Santos de todas clases y tamaños en cartón, piedra y madera.

Eulogio B. Vitali.



GRAN BAZAR EL PRECIO FIJO: ENTRADA LIBRE

SUPERSTICIONES EXTREMEÑAS

I

EL MUNDO FANTÁSTICO



EL alma humana esencialmente soñadora y aventurera, propendió desde el primer instante á lo maravilloso, y cuando la realidad de las cosas no rebasaba determinados límites ó la razón no penetraba ciertos arcanos, dejaba plaza á la fantasía, facultad tan osada como poco escrupulosa, á la vez creadora y reproductora, que entrándose por el campo de lo desconocido y viendo lo que quizás nunca existió, derramaba sobre los seres ó fenómenos tangibles todos los colores del prisma, exornándolos de galas y atributos tales cuales los necesitaba el espíritu aprisionado por el cincho de hierro de la desabrida realidad, para satisfacer áquella propensión y hacer más plácidas y breves sus horas de peregrinación sobre la tierra.

El mundo físico sólo ofrecía contrariedades y desengaños. Las fuerzas con que el hombre contaba para hacerles frente, eran harto limitadas y casi siempre ineficaces. ¿No había de haber quien los venciese? ¿algo superior al simple mortal á quien invocar, y con cuya ayuda triunfar de las resistencias de la naturaleza?... En medio de tanto ele-

mento efímero, bastardo y concupiscente, ¿no existiría algo inmutable puro y sublime, algo adonde volver los ojos, que fuese perenne fuente de ventura, que convirtiese el espino en flor, la sombra en luz, el suspiro en alborozo? ¡Indudablemente! Pero ese *aliquid* tenía que ser sobrenatural y morar en esferas supramundanas. Por eso soñó el cielo y en él descubrió á la Divinidad.

Mas por un efecto de espejismo racional, cada pueblo se la pintó á su modo, materializándola y adaptándola á su idiosincrasia, á su medio ambiente, á sus necesidades, y de aquí las notables diferencias entre los dioses del politeísmo. En unos países fueron sombríos y taciturnos; en otros flemáticos y calculadores; aquí cruentos é implacables; allí plácidos y voluptuosos... y por medio de una asimilación lógica aunque inconsciente, dotáronlos, al par que de elevadas cualidades, de sus pasiones, sus vicios y hasta sus crímenes.

Giró el mundo sobre sus ejes; volaron los siglos con alas incansables; sucedieron generaciones á generaciones, razas á razas, y cada cual fué dejando á la sucesora copiosa estela de divinidades, ritos y creencias, que aferrándose como el molusco á la roca, á la imaginación y al sentimiento del pueblo indocto, se perpetuaron más ó menos corrotas y desfiguradas en la especie humana, á despecho del progreso, engendrando las supersticiones.

En todas partes fué numerosa y variada la corte celestial. A más de las divinidades consentes, había otras secundarias que intervenían en cada acto ó fenómeno vital, amén de los innumerables seres del mundo animal, vegetal y mineral, que con virtudes verdaderas ó ficticias, respondían maravillosamente á las múltiples necesidades de los mortales. El día, la noche, el agua, el fuego, el sueño, la vigilia, la muerte, el natalicio, las dulzuras del connubio, los dolores del parto... todos tenían su numen especial que los presidiera, acompañando al devoto, aconsejándole, socorriéndole y llevándole de la mano por el áspero sendero de la vida.

La salud que en cien ocasiones recobró el hijo moribundo, gracias al voto hecho á Esculapio; el triunfo deparado por Hesus, agradecido á la ubérrima promesa dedicada á su omnipotencia por el perplejo caudillo en trance bélico; el retorno del soldado á los amantes brazos de su amada, gracias al aparente olvido de la Valkiria, que mensajera de Odín, no lo señaló en la furia del combate á las iras de la muerte; y el amparo dispensado por Vertumno á la sazónada mies contra las inclemencias del pedrisco, ¿no eran méritos más que suficientes para vivirles eternamente agradecidos?

Pero vino el cristianismo que deprecando contra tan supersticiosas devociones, no permitió á la grey redimida más altar que el levantado en el Calvario. ¡Brusca y penosa transición! ¿Cómo barrer de un escobazo los seculares sedimentos que habían ido depositando en el espíritu humano las diversas religiones que se habían enseñoreado, unas tras otras, de estados y continentes?

Luego los pueblos en la infancia de la civilización y á despecho de las enseñanzas demiúrgicas de los filósofos más venerados, no comprendían que una sola inteligencia, por muy extraordinaria que fuese, bastase á gobernar las más ténues vibraciones de los átomos infinitesimos del mundo, sin otras inteligencias ó genios inferiores que le sirviesen como de auxiliares y mandatarios; así que, como supletorios de aquella, conservaron los dioses menores del paganismo, sobre todo los custodios del hogar, á cuyos delubros se abrazaban como á áncora salvadora, cuando hallaban cerrados á sus preces los oídos de la suprema divinidad. Por eso, contrariando á la religión cristiana, y aunque se proscribieron hidras y quimeras, sátiros y coribantes, larvas y ninfas, ocuparon su lugar ogros y ondinas, strigas y elfos, trasgos y rusalkis, no disminuyendo tampoco la fe que inspiraban al fresno de Idrasil, el huevo de serpientes, la planta del *gui*, la piedra de rayo, y otros objetos tenidos por milagrosos.

Cada comarca, cada clase social, cada familia conservó un numen tutelar, personificado en un ente extraordinario, un astro, un arbusto, un saurio, un ofidio ú otra alimaña más ó menos monstruosa é imaginaria. Algunas casas hicieron de esos genios distintivos heráldicos y esmaltaron con ellos escudos, corazas y capellinas, encargándose después la vanidosa ciencia del blasón de justificar tales divisas con las inverosímiles aventuras que forjaron las imaginaciones más febriles y desordenadas.

Los esforzados gigantes guardaron doncellas encantadas; los laboriosos enanos, moradores en el riñón de las montañas, fabricaron armas valiosísimas y tallaron piedras preciosas; las insidiosas serpientes que respiraban fuego, custodiaron tesoros escondidos; los dragones alados transportaron á los aventureros paladines del uno al otro polo, con más velocidad que el pensamiento; los duendes encargáronse de oficios caseros, y tan bromistas y malandrines como pequeñicos, jugaban pesadas bromas á las familias ó comunidades á que servían. Los broqueles rutilantes batidos en el laboratorio del mágico alquimista, cegaron con su brillo al enemigo; las bocinas de marfil, como las trompetas de Jericó, derrumbaban con su trepidante bramido los

castillos roqueros ó franqueaban sus ferradas puertás al peregrino paladín; y los innumerables talismanes ó amuletos que por doquier se repartían,—sobre todo los de los gnósticos traídos á Europa por los cruzados,—eran segura garantía de salud, fidelidad, sabiduría, riquezas y fortuna.

*
* *

¿Y todo el mundo creía en estas maravillas?

Ni más ni menos. El ignorante por ignorante y el sabio por sabio, todos contribuían á conservarlas y fomentarlas. Así vemos á Paracelso y Agripa, á Cardan y de la Porta, establecer cátedras y escribir sendas obras para la enseñanza de las ciencias ocultas; á Bacón, Raimundo Lulio, Arnaldo de Vilanova, Campanella y Kepler—¡los padres de la ciencia!—proclamados doctores en la cábala y semidioses del magismo. La adquisición de esta clase de conocimientos, como el hallazgo de la piedra filosofal (con la que se dijo haber dado el químico Flamel), fueron durante siglos y siglos la obsesión universal, y sería interminable el catálogo de taumaturgos, alquimistas y hechiceros que han vivido á costa de esta enfermedad del espíritu humano.

Nacía una criatura, ¿y qué era lo que oía desde que su inteligencia empezaba á alborear, al dormirse en el regazo de su madre?...

Entre los eslavos la interminable historieta de los *domeschniedoughi*: entre los boruscios ó prusianos las diabluras de los *berstuc*: entre los bretones, el cuento de los corros infernales de los enanos, cantando y bailando á la luz de la luna en derredor de los célticos menhirs: entre los polacos las oficiosidades, no siempre inofensivas, de los duendes *zemopacis*: entre los teutones las travesuras de los *puck*: en Inglaterra las asechanzas de los *robins*: entre los daneses la de los *rush*, y en Sajonia la de los *hudkins*.

Crecía, y con el espíritu ya influido pavorosamente por aquellas referencias, no oía hablar á sus mayores de otros hechos que de los atribuidos al *Barón blasfemo*, que lidió cerca del Rhin con una legión de espíritus infernales; del *Holandés errante*... aquel que llevando á bordo de su fantástico buque el rico cargamento con que partió de su patria, cometió un horrendo crimen junto al Cabo de Buena Esperanza, por lo que ningún puerto le quiso dar albergue... y navega, navega sin cesar, con la doble carga de sus riquezas y su culpa, siendo el terror de los demás navegantes, que estiman de fatal agüero encon-

trárselo en su ruta por los mares; de los combates del príncipe Hoter de Suecia con el sátiro Meming: de la *Ninfa del Elba*, que arrastró á un su enamorado, asido por lazo de amor, al fondo del río, del que á poco brotó un chorro de sangre: del *Purgatorio de San Patricio*, cueva en la cual, quien tenía valor para entrar, veía los tormentos que en la otra vida son castigo de los malos y los goces que el Señor reserva á los cumplidores de su ley: del *Nogal de Benevento*, temible cobijo bajo el cual celebraban su sábado las brujas italianas y perdió su joroba el popular Lamberto: del *Fantasma de fuego*, aparecido á Carlos IX en los bosques de Normandía: de la *Danza macabra*, grandioso y al par ridículo desfile de papas y ermitaños, emperadores y mendigos, y de todas las clases sociales, ante el trono inmovible de la Muerte, deplorando en inarmónico coro la brevedad de la vida y las vanidades mundanas. Oía sobrecogido, como Roberto *el Diablo*, hijo de un pacto hecho con Satanás por el duque Albert de Normandía, había espantado al mismo infierno con las maldades más enormes: cómo el esforzado danés Beowulf, después de haber vencido á los monstruos marinos que asolaban las costas de Islandia, había precipitado á un lago, donde á poco falleció, al *Demonio negro* del palacio de Hrolhgar: como el sabio Merlín, nigromante celeberrimo, de condición diablesca, se metamorfoseaba en lo que quería, se hacía invisible cuando se le antojaba, transportaba por los aires adonde le venía á cuento castillos y ciudades, y era autor de las lindezas demoniacas magistralmente cantadas en el poema de Ariosto. Y no fué la que menos éxito alcanzó la historia de el *Judio errante*, personificación del pueblo hebreo, que por haber negado unos instantes de descanso á la puerta de su casa al fatigado Nazareno, cuando subía penosamente al Gólgota cargado con la cruz, fué condenado á caminar sin tregua por el mundo hasta la consumación de los siglos, abrumado con sus sombríos recuerdos y sus ilusiones irrealizables.

No había oficinas más concurridas que los zaquizamíes de alquimistas y adivinos, quienes con frecuencia eran los consejeros más buscados y atendidos de las testas coronadas. El emperador Marco Aurelio tenía como infalible al mágico Alejandro de Paflagonia. De Carlo-Magno cuéntase, que esclavo de un anillo encantado, fué siguiendo por doquiera á su afortunado poseedor, hasta que cansado éste de la persecución real, arrojó el amuleto el fondo de un lago: el monarca se enamoró de las límpidas aguas de éste, y no queriendo abandonar sus orillas, edificó un palacio y un monasterio, en torno de los cuales surgió la ciudad de Aquisgrán. Luis XI no tomaba acuerdo alguno sin

consultar antes á su astrólogo Angelo Catto de Sopino, á quien nombró arzobispo de Viena en el Delfinado. El emperador Maximiliano se hacía acompañar continuamente de su médico Granpeck que copiaba sus recetas de las estrellas. Catalina de Médicis, esclava toda su vida de la más incurable superstición, no daba paso ni público ni privado sin consultarlo previamente con Ruggieri ó Nostradamus. Enrique III dedicó todos sus días á empaparse en las ciencias ocultas y á las prácticas del magismo. Cagliostro fué durante algunos años el oráculo consente de la Corte de Luis XVI, habiendo vaticinado á muchos de sus cortesanos, incluso á la misma reina, el fin que cada uno había de tener, con sus pelos y señales. El gran Napoleón fué más de una vez al paupérrimo tabanque del ex benedictino Pedro le Clerc, quien le profetizó muchos de sus grandes hechos de armas y aun de sus desventuras, como se los vaticinó igualmente á Felipe Igualdad, Carlota Corday y otras celebridades de su tiempo, mientras la emperatriz Josefina buscaba en sus vicisitudes conyugales los horóscopos de Mad. Lenormant.

¿Qué mas? El mundo entero, imputando al poder incontrastable de la magia cuanto causaba su admiración ó su curiosidad, atribuyó los amores de Luis XIV con las Srtas. de Lavalliere y Montespan á filtros que estas le habían hecho tomar. ¡Como si las gracias personales de esos dos prototipos de belleza femenina, no hubieran sido suficientes á trastornar al más enamorado de los monarcas! ¿Qué mayor filtro que el que le brindaban en sus ojos y sus labios las adorables cortesanas?

Cien veces la Iglesia católica fulminó su anatema contra las supercherías del magismo, y ayudada del brazo secular llevó al tormento y á la hoguera á cabalistas y hechiceros. ¡Tarea baldía! De las cenizas esparcidas y de la sangre derramada surgieron nuevos apóstoles de la aherrojada taumaturgia, llegando ocasión (1600) de contarse en Francia hasta 300.000 cultivadores de las artes malélicas.

Sólo la ciencia, que un tiempo fué cómplice de la imaginación en ese campo misterioso donde fácilmente se confunden la verdad y la falsía, pudiendo ya explayarse por su propia virtud, fué desenmascarando á la impostura, á pesar de tener ésta mantenedores tan acreditados como Meyer, Bálamo, Mesmer, S. Germain, Puysegur, Braid, Compte y tanto Hermann como surgió por esos mundos.

Mas aunque su triunfo llegue á ser definitivo, si á tal llega, mientras no se coja y encarcele á *la loca de la casa*,—¡un imposible!—lo fantástico y miraculoso ha de tener siempre un altar en el corazón del hombre.

II

ESPAÑA QUIMÉRICA

Estos cuatro brochazos, mal combinados y todo, habrán dado una idea á mis lectores de lo abrumado que marcharía el espíritu en busca de la verdad por entre tantos escollos y tinieblas.

Pero lo hemos visto todo como por el cristal de un panorama: de Pirineos allá. ¿Sucedió lo propio en nuestra península?

En la selvosa Iberia la mitología primitiva, sobria y prosáica aun después de fundir sus mitos con los de la teogonía céltica, debió dar origen á pocos dislates de la mente, teniendo en cuenta las escasísimas tradiciones que han llegado hasta nosotros. Pero el terreno estaba abonado para admitirlas y acrecentarlas, y los cartagineses, con sus voluptuosas divinidades y sus misterios púnicos, empezaron á despertar y dar alas á la fantasía de los pueblos de las costas. Sucediéronles griegos y romanos, y los dioses del Olimpo heleno y los del Lácio, tan á imagen y semejanza de los simples mortales, pidieron plaza, ó mejor dicho, altares al pueblo ibero; y las leyendas fabulosas de los héroes y semidioses de aquellas razas, hicieron el encanto de la nuestra. Luego trajeron godos y silingos, como novedades, las luchas tremebundas de gigantes y dragones, genios de fuego y errantes fantasmas de la teurgia escandinava, que ocuparon nuestros cuentos y leyendas.

A los tres siglos, los árabes, cuya dislocada fantasía los hacía vivir en un mundo fantasmagórico, nos contagiaron también, haciéndonos creer en las esplendorosas visiones paradisiacas, matizadas por el inimitable pincel de su profeta, que dejaban el ánimo de los hispanos prisionero de un éxtasis deleitoso... Volvieron los mitos del Norte con la venida á España, como cruzados, de borgoñones y loreses, amén de alguna que otra fábula que nos legaron, al tocar en nuestras marinas, los buques normandos; y por si faltaba algún otro elemento que prolongase ese estado visionario del ánimo, lo irradiaron sobre nuestras provincias de levante Montpellier, Tolosa, Avignón y otros centros del *gay saber*, en las cántigas de sus laureados trovadores, que como más cultas y fascinadoras por su inspiración y su armonía, formaron el ramillete más embriagador que pudo apeteer el delirio por lo maravilloso.

Factora importantísima de horóscopos y sugerencias fué asimismo la grey cingara, aposentada en nuestro suelo á fines del siglo XII ó principios del XIII, dos antes de que se esparciese por Europa. Inspiró su presencia donde quiera horror y repulsión, pues se les atribuía pacto con el diablo, prurito de maledicencia contra Dios y los Santos, el don de los sortilegios y el ejercicio de la magia negra; refiriéndose por vía de muestra, el hecho de haberse visto en el fondo de una cueva,—donde una tribu de gitanos tenía establecida una fragua para fabricar amuletos,—y al resplandor siniestro de un fuego azulado, un pajarraco ceniciento de extraña forma, que después de revolotear en torno de una astrosa gitana, se posaba en uno de sus hombros y murmuraba al oído de la mujer frases que debían venir del infierno, caso de que el avechuchu gris no fuese el mismo Belcebú.

No tengo espacio para apuntar las censuras que en edictos, cánones, pragmáticas y ordenanzas se lanzaron contra ella, pero fueron innumerables en todos tiempos y por todas las potestades. Hoy es hoy, y al ver uno de esos seres nos ponemos instintivamente en guardia contra sus rapiñas y maleficios, acompañados siempre de frases hiperbólicas y truhanescas gazmoñerías; atribuyéndose no sin razón al sexo fuerte las cualidades de Caco, y viéndose en el femenino las brujas y hechiceras de otros días.

Y eso que hay muchas timoratas que á pesar de los pesares las consultan con frecuencia, y no titubean en franquearles los afectos más recónditos de su alma, mientras otras piden encantos y atractivos á su indumentaria en las expansiones carnavalescas.

Pero hubo otra raza que contribuyó por sí sola tanto como las demás reunidas á aficionar el espíritu ibero á todo lo que trascendiese á sobrenatural, y vivió apegada al solar de nuestros mayores dilatadas centurias: la raza hebrea.

Desde su dispersión, y aun antes de ella, según cuentan, acudió en nutridas oleadas á explotar con sus artes y la ciencia heredada de asirios y caldeos, la credulidad de nuestro pueblo. Ocupáronse de ella los concilios III, IV, VI, IX, X, XII, XVI y XVII toledanos, y era tanto ya el número de sus individuos, su riqueza y su influencia á principios del siglo séptimo, que el rey Sisebuto vióse constreñido á publicar su célebre edicto de proscripción (año 616) y á pesar de ser un pueblo aferrado hasta el martirio á la ley de sus mayores, todavía recibieron más de 90.000 el agua del bautismo.

¡Si la ciencia cabalística tendría maestros en España!

Reforzado su enorme contingente con los sectarios del Korán, de

que acabo de hacer mención, tan dados y tan doctos en las mismas enseñanzas, los horóscopos, los agüeros y las adivinaciones, estuvieron á la orden del día.

¡Qué escuelas en estos ramos tan brillantes las de Córdoba, Toledo y Zaragoza! En esta última ciudad, su rey Marsilio fué de los más autorizados maestros en tales ciencias. En Toledo cada edificio, cada minarete, cada piedra, contaba á la fantasía anécdotas peregrinas. En Córdoba se trasmitió de generación en generación, con ciega fe, la codiciosa esperanza de hallar convertido en lingote de oro, al cabo de 8.000 años, el rayo de sol que el hermético y sapientísimo Averroes enterró cierto día junto á la gran aljama; y así en esta ciudad como en Granada, la imaginación calenturienta de sus señores, pintó cuadros maravillosos de huríes, gnomos, hadas y otros seres supra naturales, cuya enumeración sería punto menos que imposible.

Pero he de mencionar las que con mayor crédito corrían de boca en boca, embobeciendo á nuestros crédulos antepasados.

*
*
*

De las más antiguas y á la que hasta hace poco se ha prestado una fe histórica admirable, fué la leyenda de *La Torre de Hércules*, en Toledo. ¿A quién no ha interesado cuando muchachó esta regia y fatídica aventura?... Templo de encantos y hechicerías, según narraban las consejas de los ancianos, ocurriósele al postrer rey de los godos abatir su infranqueable puerta, en busca de un tesoro que no encontró; pero donde por pinturas murales, estatuas movibles y quejidos lastimeros, fué advertido de su cercano vencimiento y de la inminente ruina de España.

Poco después entretuvo las veladas de los hispanos la leyenda de la *Mesa de Suleyman*, imponderable joya de jaspe verde, festoneada de collares de piedras preciosas, que decían haber pertenecido á Salomón, y fué hallada por Tarik entre los tesoros toledanos; mas cuya propiedad fué manzana de discordia entre éste y Muza, litigio que se adornó por los cuentistas con detalles peregrinos.

Interesante y tierna como pocas salió á los dominios de la publicidad la historia de la infanta Galiana, hija del rey Galafre y enamorada de Carlo-Magno, á la que tan excelso rey vino á buscar á orillas del Tajo, poco menos que peregrino de la sin par beldad.

Por las provincias catalanas circuló la leyenda de *Le comte Arnaud*, el cazador maldito, que en las noches de tempestad recorría seguido

de su infatigable jauría las montañas de Cataluña, difundiendo el pavor en torno suyo con satánicos votos y blasfemias.

En Aragón fué constante motivo de preocupaciones *La campana de Vellilla*, que tocaba sola, anunciando los grandes acontecimientos, y en cuya fundición había entrado una de las monedas en que Judas vendió á Cristo.

No menor respeto supersticioso inspiraba *La cueva de San Ciprián*, en Salamanca, famoso antro donde se enseñaban las ciencias mágicas, y entre cuyos discípulos la acreditó sobremanera el nunca bien ponderado marqués de Villena, doctísimo nigromante, que hecho gigote y enfrascado en una redoma, aguarda ha más de cuatro siglos el día de su desencanto.

¿Y nuestra Celestina, no daba quince y raya á las Urgandas, Melusinas y demás expertas componedoras de filtros y zurcidoras de voluntades?

No nos extrañemos. Aquellas eran las lecturas y narraciones que privaban, las que se escuchaban con embeleso y las que por lo tanto deparaban lucro á autores y libreros. Lo mismo los pequeños que los grandes, buscábanlas con avidez; y es opinión muy generalizada entre los bibliófilos, que el rey D. Juan II de Portugal, íntimo del judío mae-se Rodrigo, perfeccionador del *Astrolabio*, fué el autor de la historia de *Palmerin de Inglaterra*; que de plumas lusitanas nacieron las famosísimas de *Amadis de Gaula*, *Tirante el Blanco* y *Artus de Algarve*; y que una dama portuguesa de Augustobriga (1) fué la autora de *Palmerin de Oliva*, dama que si era en efecto natural de Augustobriga (Villar del Pedroso, en el partido de Naval Moral) sería más bien extremeña y nos cabría la gloria de contar entre nuestros célebres literatos á la creadora de uno de los libros de caballería más universalmente conocidos y ensalzados.

Con estas narraciones compartían el interés de los amantes del saber... (del saber concerniente á monstruosidades y patrañas) los relatos biográficos de *Bernardo del Carpio*, *La Campana de Huesca*, *El Cid Campeador*, *Los siete infantes de Lara*, *El Príncipe Constante*, *Doña Inés de Castro* y *El Rey D. Sebastián*, al que esperan aún algunos de sus vasallos.

Pues si á citar personajes encariñados con la magia tocan, pronto encontraremos á D. Alfonso VIII, presa al par de los encantos de la judía Raquel, de los interesados sortilegios de la familia de ésta; á

(1) Según Juan Augur de Trasmiera, contemporáneo de la primera edición conocida, de 1525.

D. Alfonso *el Sabio*, amigo de astrólogos y alquimistas, con los que consultaba sus más arduos proyectos, y decidido protector de los *rabbies* de la aljama toledana, donde brillaban por su ciencia Jehudáh-Bar-Mosseh é Isahak Aben-Zagut; á D. Pedro I de Castilla, que tanto asenso dió á la ciencia y tanta confianza hizo siempre del rabino Samuel Leví; á D. Alfonso el *Batallador*, augur convencido, que para todo acto de su vida consultaba el vuelo y canto de las aves; á don Pedro el *Ceremonioso* que ayudaba á Dalmau de Planes, su astrólogo de cámara, á escribir tratados de astrología; á D. Juan I de Aragón que no consentía que se alejase de él Cresques de Vivers, su agorero favorito, y tenía una fe ciega en las virtudes de la piedra *betzar*; y al gran emperador Carlos V que cultivó con pasión los secretos de la magia.

No consta que la reina D.^a Juana fuese partidaria de las ciencias ocultas, pero en sus tiempos se contó, con fundamento ó sin él, que su locura fué debida á un filtro diabólico que le mandó administrar su propio padre.

De Felipe IV tampoco se sabe que fuese aficionado á sortilegios; mas el vulgo lo tuvo por víctima de hechizos que decía haberle propinado el Conde-Duque.

Y en cuanto á Carlos II, harto sabida es la trapisonda político-supersticiosa que se armó en las postrimerías de su reinado, con los bebedizos que le había deparado su madre Mariana de Neoburg, según malas lenguas de los enemigos de esta propalaban, y el escandaloso proceso á que este asunto dió lugar, en que fueron partes principales el Inquisidor general Rocaberti, el P. Froilán Díaz, Confesor del rey, el célebre capuchino y exorcista Fr. Mauro Tenda, el vicario de las monjas dominicas de Cangas de Tineo, tres religiosas endemoniadas de este convento y varias hechiceras.

En aquellos tiempos España toda estaba cohibida por estas y otras patrañas parecidas, y el espíritu nacional gemía bajo el influjo maléfico de las potestades infernales.

De duendes, ¡apenas si hay consejas! Su raza estaba tan propagada en nuestro suelo, que eran contados los colegios, ermitas y monasterios en que no se hiciese memoria de alguno de estos trefes.

Más raros fueron los enanos, y sin embargo los hubo. El último de que se tiene noticia, fué uno que—descendiente de una familia de esa ralea, que siguiendo á los ejércitos de Bonaparte vino á España y se avecindó en una gruta próxima al castillo de Monzón,—llegó, de paso para la corte, á Torrejón de Ardoz, el día en que Narváez triunfó en aquellos campos del general Zurbano (1843), y harto de

ver que en España por diferencias políticas era interminable la lucha fatricida, cogió la banderola de un soldado de caballería que halló en el campo de batalla, montó en ella y desapareció por los aires, no habiéndose vuelto á tener noticias de él.

No hablemos de brujos y brujas de menor cuantía. De esos los había en abundancia, y raro era el pueblo que no tuviese su correspondiente representación en los nocturnos aquelarres, reminiscencias impías de las bacanales y lupercalias del pueblo greco-romano.

*
* *

¿Y qué era un aquelarre?

Voy á describirlo, compendiando las noticias que suministran Pico de la Mirandola, Collin de Plancy, Delancre y otros demonógrafos notables, confiado en que esta digresión no ha de displacer grandemente á la curiosidad de mis lectores, amén de que no es detalle que huelgue en materia como la que nos ocupa.

El *aquelarre*, palabra vascuence que significa *prado del macho cabrío*, era el congreso ó asamblea de brujos y brujas. Reuníase en parajes yermos y solitarios y por regla general se efectuaba en las noches del martes al miércoles ó del viernes al sábado.

Los adeptos al gremio llevaban todos en su cuerpo una marca estampada por el diablo, que por medio de una impresión pungente ó de un escozor particular, les avisaba la hora del conciliábulo, y en casos urgentes, el rey del Averno enviábales algunos de los vestiglos sus ministriles, oculto en una nube y solo visible para los iniciados, que los concitaba al aquelarre en menos de lo que canta un gallo.

Antes de emprender el viaje á la asamblea, era preciso haber dormido un poco y ungídose el cuerpo con cierto unguento compuesto con yerbas diabólicas y sebo de niños. Hecho esto, el brujo ó bruja trazaba en el aire el círculo maldito, y montado en el palo de una escoba, de una horquilla ó una rueca, repetía la frase *jhemmen-hetan! jhemmen-hetan!* que significaba *aquí* y *allí*, y escapaba por una ventana ó por los aventaderos de la chimenea á las inmensidades del espacio, con dirección al lugar de la cita, conduciendo á veces los niños recién nacidos arrebatados de sus cunas ó del regazo mismo de sus madres, á las que infundían profundo sueño.

Autores hay que dicen, que lo del palo de escoba y los unterios era meramente accesorio; que bastaban las frases mágicas para elevarse á las regiones del viento, camino del aquelarre; habiendo otros que

en vez de palos de escoba, daban por cabalgaduras á las nigromantas machos cabríos, á los que llamaban *su maese Martinito*.

Para llegar á este grado académico de la brujería, *maese Leonardo*, que así se denominaba el demonio, como rey del conventículo, nombraba un padrino y una madrina para el neófito: luego le hacía renunciar á Dios, á la Virgen y á los Santos, y por último le grababa con uno de sus cuernos una marca en el ojo izquierdo, que duraba todo el tiempo del noviciado, transcurrido el cual, si estaba el diablo satisfecho de su comportamiento, les imprimía en las partes más reservadas del cuerpo, otro signo que tenía la figura de una liebre, un gato ó una pata de escuerzo.

Al llegar al aquelarre brujos y brujas, rendían homenaje á su soberano, que sentado sobre un trono aparecía bajo la figura de un macho cabrío con tres cuernos, un perro, un pajarraco enorme ó un negro de encendido semblante. Ceñía corona negra, tenía el cabello erizado, los ojos grandes, redondos é inflamados, la barba de chivo, los dedos de las manos todos iguales, encorvados y puntiagudos como los de un ave de rapiña, los piés de pato, la cola de asno, la voz horrisonante y monótona, y debajo del rabo una cara negra que todo el gremio brujiil debía besar á su llegada y era lo que llamaban el *homenaje*.

Terminada la recepción, empezaba el festín, para el cual cada hechicero se sentaba á la mesa entre dos demonios. Los manteles eran negros como hopa de condenado, y los manjares que se servían estaban compuestos con sapos y culebras, carne de ahorcados y de niños no bautizados. El pan era de mijo negro: el vino estaba mezclado con sangre de reptiles, y como entremeses se servían hostias consagradas, que á fuerza de injurias chorreaban sangre.

Antes de tocar los platos, se bendecían, profiriendo las blasfemias más horripilantes, y durante la manducatoria se mascullaban las tonadillas y salmos más abominables. Alzados los manteles, volvía á adorarse á Belzebú, y á continuación empezaba la zambra. Cada demonio tomaba de la mano á una bruja, y cada brujo á uno de los muchos genios infernales que transformados en provocativas hembras, los incitaban á la trisca con lascivas cucamonas. Emparejados de tal suerte, todos se dedicaban con frenético ardimiento á los placeres de la danza, adoptando las actitudes más obscenas, al son de un pífano de lúgubre sonido y un atabal destemplado; hasta que rendidos por la fatiga y hacinados unos sobre otros en impudente *totum revolutum*, se daban á los más torpes y vergonzosos excesos. Los que no sabían ó no querían bailar, jugueteaban con diablillos que afectaban la forma de asquerosos

saurios vestidos de terciopelo rojo ó verde, que llevaban una campanilla al cuello, ó se deleitaban en contar sus fechorías; pero cuando no ofrecían á sus oyentes un largo catálogo de iniquidades, eran azotados cruelmente por el rey de las tinieblas ó por algún hechicero de los más veteranos y empedernidos.

Aplacada por el inmundo cansancio la demoniaca orgía, los ministros satánicos repartían á la nefasta grey polvos y venenos, instruyendo á cada cual de los maleficios que había de cometer con ellos; y como á esta sazón la noche iba ya de pasada, Lucifer aprovechaba lo que faltaba de ella, para parodiar el santo sacrificio de la Misa, á lo que llamaban la *misa negra*. Durante ella dirigía á sus fieles un sermón en el que los incitaba á perseverar en el camino del mal, ofreciéndoles una recompensa mucho mayor que la prometida por Dios á los que observan fielmente sus mandamientos.

Mientras tenía lugar esta ominosa parodia, los brujos todos comulgaban con hostias negras, y al terminarla, besaban el rostro inferior de maese Leonardo, llevando cada *quisque* en la mano y encendida, una vela de pez negra y siniestro resplandor.

Duraba la satánica orgía hasta que el canto del gallo anunciaba la aparición del alba, á cuya voz de alerta se disolvía el conventículo, y todo el diabólico conjunto desaparecía de repente, restituyéndose los congregantes á sus respectivos domicilios.

PUBLIO HURTADO.

(Continuará.)



VICTORIANAS

Al subir por la senda
de los recuerdos,
salen á detenerme
tus ojos negros.

Estuvimos solitos
todo aquel rato,
y el tiempo se hizo corto
para mirarnos.

Yo te diré en el cielo
serrana mía,
cosas que en este mundo
no las creerías.

Dices que aquella noche
te di cien besos.

¡Los besos que te doy
nunca los cuento!

Soñando en ser muy rica
me abandonaste,
y ahora pides limosna
por esas calles.

Los que más te adulaban
todos se han ido:
¡quien te dijo verdades
sufre contigo!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

POETAS PLACENTINOS CONTEMPORÁNEOS DE LOPE DE VEGA

(DATOS PARA LA HISTORIA DE LA CULTURA EXTREMEÑA)

(*Conclusión*)

III



ENTRE los muchos y señalados servicios prestados á las letras castellanas por la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra, ya citada, descuella para Extremadura, la reimpresión en el t.º 29 y 2.º de Poemas épicos, del titulado *Creación del Mundo*, que el DOCTOR ALONSO DE ACEVEDO, canónigo de Plasencia, había publicado en Roma en 1615, en casa de Juan Pablo Proxilio, «poema, dice el colector y prologuista D. Cayetano Rosell, que en España pasó al parecer desapercibido y de que en la actualidad sólo tenía noticia algún curioso investigador de nuestras rarezas ó algún docto apasionado de nuestra antigua literatura... Su autor, bien por hallarse ausente de nuestro suelo y residir, según parece, de tiempo atrás, en la ciudad reina de las artes y del buen gusto, no se muestra inficionado con los vicios que tan comunes eran en los escritos de aquella época. Es grandilocuente sin hinchazón, clásico sin amaneramiento, severo sin rigidez, hombre de vasta instrucción sin afán por aparentarla; su lenguaje es siempre noble, escogido y propio; su estilo acomodado á la grandeza de sus pensamientos; la versificación robusta y numerosa, pues aunque disuelve con frecuencia los diptongos, y acentúa con alguna incorrección, no altera la gallardía de la frase, ni perjudica jamás al brío de los conceptos. En pocos escritores se hallará elección de epítetos más acertada ni acepciones de verbos más significativas, dos propiedades que á primera vista indican al gran poeta, al que lo es por la naturaleza y por el estudio».

No menos favorable y expresivo es el juicio que del poema hace el insigne y malogrado crítico D. Manuel de la Revilla, en su *Curso de literatura general y española*: «En esta obra, escribe, injustamente olvidada durante mucho tiempo, el poeta vence todas las dificultades del asunto y da muestras de profundidad de juicio, de grandeza de concepto y de una erudición vasta, que no se afana por aparentar. Su lenguaje escogido y propio, como su estilo que á la vez es grandilocuente y fluido, revelan condiciones poéticas poco comunes, sobre todo en las descripciones que Acevedo hace de la naturaleza, en las cuales no tiene rival. Esta obra, cuyo carácter didáctico está bastante acentuado y en la que la forma descriptiva es la predominante, no es completamente original, pues parece está inspirada por la que con el título de *Sepmaine ou Creati'ón du monde* escribió el poeta francés Guillaume de Saluste, titulado señor de Bartas, á quien sus contemporáneos apellidaron príncipe de la poesía francesa».

Justificada está, por consiguiente, la indignación con que D. Cayetano Rosell, lamentándose del olvido en que yacen en España las más puras y legítimas glorias nacionales, pregunta en elegiaca nota á su prólogo:

«¿Quién era el doctor ALONSO DE ACEVEDO? ¿Cuáles sus obras? ¿Por qué causa se hallaba ausente de su patria? Nada sabemos de él. Por una expresión que suelta en una octava, averiguamos que era natural de la Vera de Plasencia. Cervantes le cita en su *Viaje del Parnaso*, y de un modo que excita mucho la curiosidad:

Y desde lejos me quitó el sombrero
El famoso ACEVEDO, y dijo: *A Dio,*
Voi siate il ben venuto, cavaliero;
So parlar zenoese, e tusco anch'io.
Y respondí: *La vostra signoria*
Sia la ben trovata, padron mio.

¡Qué abandono el de nuestra nación! Y ¡qué síntoma tan poco favorable á su porvenir es esta indiferencia con que miramos el estudio de nuestra historia y la celebridad de nuestros grandes hombres! Si ACEVEDO hubiese sido extranjero ¿quién no le conocería? Un escritor moderno ha dicho que si los franceses se ilustran con alguna hazaña, únicamente lo hacen por el gusto de referirla; pero el pueblo que olvida las de sus antepasados es porque ni sabe apreciarlas, ni tiene resolución para acometerlas.»

Verdaderamente, no es mucho lo que de su vida se sabe y de ello lo más interesante, lo que retrata al hombre revelando su espíritu, los sucesos culminantes de su vida y los rasgos salientes de su carácter,

él mismo nos lo suministra autobiografiándose en su obra maestra, fuente pura cristalina de conocimiento en la materia, y suficiente aunque no abundante para dar contestación á las enumeradas interrogaciones.

No de la Vera de Plasencia, comarca que comprende muchos pueblos, sino de la misma ciudad de Plasencia, fué natural ALONSO DE ACEBEDO. Así lo declara él en su poema cuando en el canto al día tercero describiendo la formación de los ríos, en la octava 44 dice:

«El Jerete con ímpetu se arroja
De los riscos de Béjar y la vega
Florida de mi patria después moja,
Cuya fábrica antigua á César llega;
Por donde la veloz carrera afloja,
Con que sus huertos y jardines riega,
Y verlo hinchado en mis versos quisiera
Tanto, que el mundo su corriente oyera.»

Todo el que conozca la situación topográfica de Plasencia, situada en la orilla derecha del río que lamiendo sus muros la circunda casi por completo, como el Tajo á Toledo, habrá de reconocer que no es posible mayor exactitud y perspectiva en la descripción verdaderamente histórica que de ella hace su ilustre hijo, quien no satisfecho aún en la idolatría por su tierra, característica psicológica de todos los de aquel noble solar, entona más tarde en el final del canto del cuarto día en loor de la región de que aquella era cabeza y señora, el siguiente hermosísimo himno:

«¡Oh mi querida patria venturosa,
Más obligada que ninguna al cielo!
En cuya vega amena y deleitosa
El Céforo batiendo manso el vuelo,
La primavera tierna y olorosa
Cubre de flores el alegre suelo,
Con varias esmeraldas matizado,
Seguro del estío y tiempo helado;
Do impiden las escuadras ordenadas
De los árboles fértiles y hermosos
A Febo con las cimas acopadas
La entrada de sus rayos poderosos;
Y por las verdes plantas derramadas
Las aves, con acentos sonorosos,
De las aguas el son claro acompañan,
Que en torno á la florida tierra bañan.
Ricos dones derrama en la ribera
De los dorados astros la influencia,

Y del placer que allí la primavera
 Causa, la llaman Vera de Placencia;
 Allí en contorno de su cabellera
 Muestra el otoño varia diferencia
 De dulces frutos, y en las grandes cubas
 Distilan mosto las pisadas uvas.

Allí nace el membrillo restringente,
 Cubierto de vellosa y blanda lana,
 Porque del tiempo duro y inclemente
 Ofender no le pueda la ira insana;
 Mezcla el durazno en la encarnada frente
 La blanca nieve y encendida grana;
 El pérsigo el veneno en hiel convierte,
 El oloroso pero sangre vierte.

Allí, después que del romano imperio
 Hubo el gran César español triunfado,
 Se retiró, porque del hemisferio
 Es el lugar más sano y más templado,
 Y de Yuste en el sacro monasterio
 Esperó y padeció el golpe acerado
 De la Parca, dejando á su hijo Atlante
 La carga del Ocaso y del Levante.

Allí, pues, las simientes escondidas,
 Oh Febo, en alto con tu ardor levantas;
 Y conviertes en ramas extendidas
 Los pequeños renuevos de las plantas;
 Las flores de olor árabe esparcidas
 Vuelves en fructo con tus llamas santas,
 Y con fuego templado calentando,
 Vas en dulzura su amargor trocando.»

Natural de Plasencia, cañónigo de su iglesia, hijo quizás ó pariente muy próximo de su homónimo y paisano el jurisconsulto comentador de la *Nueva Recopilación*, y autor de la citada obra *Creación del Mundo*, dedicada al embajador de España D. Francisco de Castro, Conde de Castro, le hace también el patriarca de la erudición española don Nicolás Antonio, en su *Biblioteca hispana nova*.

Si aun ignoramos el día y año de su nacimiento, (en el Diccionario Enciclopédico de Montaner, se señala el año de 1550), podemos en cambio y gracias á la ciencia de nuestro compañero D. Vicente Paredes, celoso investigador de todo cuanto á la historia placentina atañe, determinar la verdadera paternidad del poeta, que no fué la sospechada por D. Nicolás Antonio, sino otra más humilde y en armonía con las lamentaciones y recuerdos personales expresamente consignados en el poema, de que luego nos ocuparemos.

En el libro becerro de la hoy extinguida parroquia de San Martín de la ciudad de Plasencia y visita hecha por el Provisor en el año de 1562, se hace constar:

«Tiene la iglesia 400 mrs. de censo pp.^o (en las notas á la de 1548 dice: por razón de una sepultura á la grada de la capilla mayor por bajo en la longuera de la sepultura de Gutierre Bernaldo de Quiros) sobre dos casas que fueron de Diego Acevedo *Sastre* (creo sea de oficio) difunto, junta la una con la otra, que son al barrio de la Magdalena; linderos casas de Francisco Hernandez Tendero y casas de Diego Moreno Albañir (*Sastre*, tendero, albañir, deben ser oficios y no apellidos). *Segund* parece por una escr.^a de dotación ante Francisco Paniagua, escr.^o, de 27 de Sbre. de 1562 (en notas: «pagalos el doctor Acevedo hijo del suso dicho, ha de hacer reconocimiento»). En la visita de 1648, dice el Becerro: que la escr.^a de dotación fué ante Juan Paniagua en 4 de Mayo de 1559 y la otra dicha arriba que fué de reconocimiento del licenciado Alonso de Acevedo. Al presente (1648) posee estas D. Alonso de Acevedo y paga por reconocimiento ante Diego Lopez de Hinojosa á 26 de Febrero de 1647, (éste es el canónigo)»

No será aventurada conjetura, el suponer que ACEVEDO, después de estudiar en Plasencia en el *Colegio de San José*, de la calle de Cartas, Artes ó sea *Gramática, dialectica y retórica*, se trasladó á Salamanca á continuar en su Universidad sus estudios, á juzgar por el recuerdo afectuoso que en la siguiente octava le consagra:

«El claro Tormes, argentado río
Con su plata las márgenes matiza,
Y á despecho del hielo y duro frío
Los castellanos valles fertiliza;
De sus cristales con el humor frío
Los ingenios aclara y sutiliza,
En la Universidad salamantina
De ciencias y de sabios oficina.»

Allí debió obtener el grado de *Maestro* sinónimo del bachiller en Filosofía, pues con este título figura su nombre en las «Flores de varias poesías recogidas de varios poetas españoles». Recopilóse á la ciudad de Méjico, anno del nascimiento de nuestro Salvador Jesu Cristo »de 1577 annos», que se conserva manuscrito en la Biblioteca nacional y cita Gallardo en su Ensayo con el número 1.046.

Andando el tiempo y bien fuera siguiendo el refrán de *á Roma por todo*, ó porque obedeciese á consejos análogos á los que la musa de su contemporáneo el *Rector de Villahermosa* daba á su poeta:

«Y que acudas solícito á dar voces
A Roma, ó, si te place á nuestra corte.
Estudios tienes, príncipe conoces,

Por cuyo beneficio en pocos días
Podrá bien ser que el premio goces:»

á Roma fué como otros muchos, y allí si no para risa de curiales,

«Porque en vez de afilar los memoriales
Para herir los datarios»...

Se consagró al cultivo de la ciencia y poesía, perdió no obstante los mejores años *en las machinas de las pretensiones*, según declara en la dedicada á su Mecenaz y en el final del canto del día tercero, cuando con íntima añoranza y atávico sentimiento exclama:

«Plugiera á Dios que cuando como espiga
A crecer comencé, con su guadaña
La muerte, pues su ira no mitiga,
Hiciera agosto desta inútil caña,
O la séptima estrella, tan amiga
Me fuera al tiempo que salí de España,
Que á romper con la reja me inclinara
Los campos, que yo entonces me ayudara!
Pero ¡ay! que el tiempo de mis tiernos años
En vanas pretensiones he gastado,
Y el invierno, sin dar fin á mis daños,
Nevará sobre mi cabeza airado;
Porque sin acabarse mis engaños,
De mi edad el estío se ha pasado,
A quién mató el otoño, que hoy despoja
La cima que el verano cubrió de hoja.»

Que en 1570, época en que Cervantes estuvo en Roma de Camarero del Cardenal Aquaviva, vivía ya allí Acevedo, con quien el después *Manco de Lepanto* trabó relaciones de amistad y convivencia, nos lo demuestra el pasaje del *Viaje al Parnaso*, citado en parte por Rosell, y cuyos dos primeros versos omitidos en la cita

«Entré en Madrid en traje de romero
Que es granjería el parecer ser santo,»

nos pueden dar también la fecha aproximada de un probable y temporal regreso á España de nuestro poeta, próximo á la publicación del *Viaje al Parnaso*, que vió la luz por primera vez en 1614, aunque fué escrito uno ó dos años antes.

En 1607, publicó D. Juan de Jáuregui en Roma en casa de Estéban Paulino «*Aminta* | de Torcvato Tasso | Traducido de Italiano en Castellano, por.....» y entre los versos laudatorios que lo preceden hay dos sonetos de ALONSO DE ACEVEDO, uno de ellos calificado de bellísimo por Rosell, que reprodujo éste por nota á su prólogo, y el otro no me-

nos bello pero todavía no reimpresso, copiamos á continuación para so-
laz de los amantes de las buenas letras.

Dice así:

De Alonso de Acevedo.

«Mirando Aminta su belleza un día
d'aquesta traducción en los cristales,
adonde los reflexos celestiales
d'Apolo reverberan á porfía;

Aunque en diferente abito venía,
vió todos sus efectos naturales
tan vivos, que halló qu'erán iguales
á la original forma en que vivía:

Y alegrándose dixo: quien ignora
qu'el Tasso illustre, en numeroso estilo,
en mi su gran espíritu á infundido.

Sin enturbiar la dulce agua i sonora
de su boca profunda mas qu'el Nilo,
dirá: Aminta en el Betis á nacido.»

Titulándose *Licenciado*, colaboró en unión de D. Diego Saavedra y Fajardo, de su amigo el también Licenciado y panegirista de Jáuregui, en el *Aminta* Andrés del Pozo, de D. Alonso de Salazar, canónigo de la penitenciaría de Plasencia y de otros varios autores en las
«—Poesías | diversas | compuestas en diferentes lenguas | en las hon-
ras que hizo en Roma | la Nación de los Españoles. | A la Magestad
Católica de la Reyna | D. Margarita de Avstria | Nuestra Señora.—»
En Roma por Jaconio Mascardo. MDCXII, con la particularidad de
haber sido nuestro ACEVEDO el autor del *título*; prueba fehaciente de
la fama que en la república literaria hispano-romana gozaba.

Ostentando el grado de Doctor y titulándose al fin Canónigo de Plasencia, publicó también en Roma en 1615, según queda expresado, su obra insigne, «*antiguo pensamiento mio...*», escribe en la dedicatoria, «*que estuve muchas veces por dejar olvidada entre otras obras mías,*» perdidas por desgracia de la lengua castellana, dividida en siete cantos, uno á cada día de la creación, que hace un total de 804 octavas.

Cual fuera su objeto al escribirla, lo manifiesta en la breve advertencia *Al lector*: «Viendo que en varias lenguas,—dice—poetas de mucha estima han pintado los hermosos días en que Dios crió el mundo, me pareció ser justo describir su origen en verso castellano; pues nuestra lengua ha sido siempre juzgada de hombres gravísimos por muy propia y acomodada para que en ella se expliquen los soberanos y teológicos conceptos. No me contenté con referir esta univer-

»sal obra en verso suelto, como he visto lo han hecho algunos famosos poetas en otras lenguas, sino antes, por hacer más gustosa la lección della, me quise atar al trabajo de la octava rima.»

Conseguida la prebenda y asegurada con ella la suspirada vejez tranquila, ACEVEDO debió regresar definitivamente á su pueblo natal, á donde le llamaba á la vez que el corazón, el deber canónico de residencia, anejo á su beneficio; sin que volvamos á tener más noticias suyas que el mencionado reconocimiento del censo sobre las casas del barrio de la Magdalena, en las que quizás viera él la luz primera y viniera al fin á morir, pues conservaba en tan avanzada edad su dominio adquirido por herencia paterna.

Sus cenizas es de presumir también, reposen con las de sus padres en la sepultura de familia, de la Iglesia de San Martín, dotada con dicho censo aniversario.

Muerto ACEVEDO, pero redivivo por su obra, *parsque mei magna superstes erit*, entró de lleno en la inmortalidad del arte.

Después de los testimonios críticos que quedan expuestos, poco ó nada nos queda que añadir, limitámonos pues, para que los lectores juzguen por sí á trasladar aquí algunas de las infinitas bellezas que esmaltan el poema, al que quizás alguien tilde de poco original olvidando que según los preceptistas de la época, bajo cuyo punto de vista es preciso colocarse para juzgar rectamente toda obra literaria, porque en ella y por un fenómeno de endosmosis social se infiltra necesaria y espontáneamente con la parte personal del autor, el ambiente y medio intelectual en que vive, era la *imitación* el canon más respetado por todos los estéticos del renacimiento italo-español, en cuyo seno se crió y desarrolló literariamente ACEVEDO.

No fué su obra copia servil del poema francés, objeto por cierto antes de dos traducciones castellanas, una en verso de Juan Dessi presbítero. «*La Divina Semana ó siete días de la creación del mundo*», impresa en Barcelona 1610, y otra en prosa, *non ineleganter* según asevera D. Nicolás Antonio, del judío español Jacobo de Carceres, titulada «*Los siete días de la Semana, sobre la creación del mundo*», impresa en Amsterdán, año de V.M.CCCLVXXII, cómputo hebraico que corresponde al 1612 de nuestra era; tomola sí por modelo; como Fray Luis de Granada en tarea análoga, al escribir en 1585 la *Primera parte de la Introducción del Símbolo de la fe*, en la cual se trata de la creación del Mundo, tuvo presente é imitó, *tomando por luz y guía* á San Basilio y San Ambrosio, el *exacmeron* del primero y los *Sermones de la Providencia*, de Teodereto del segundo, en cuyos tratados bebió la

inspiración y hasta la forma también *Guillaume de Saluste*, pero mejorándola nuestro poeta en forma tal y hermoseándola con tan interesantes episodios y acertado y ortodoxo final, que resulta muy superior al modelo. Resumen eruditísimo y acabado compendio de todos los conocimientos naturales de la época en que se escribió, con el candor infantil de los primeros tiempos de su renacimiento. Es, en fin, el poema de ACEVEDO en nuestra humilde opinión, la joya más preciada que en el siglo de oro de nuestra literatura ha dejado la que el ilustre polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo llama tan acertadamente, *física estética*.

Sirva de ejemplo y prueba de cuanto afirmamos el episodio con que termina el canto del día primero, en el que adelantándose bastantes años á Milton, describe la rebelión de Luzbel con tan poderosa fuerza plástica y acción dramática, que no le ha superado nadie en el parnaso patrio:

«En este día el padre omnipotente
Que en arco desplegó el cuerpo hermoso
Del cielo, y á la luz resplandeciente
Dió forma con el Verbo poderoso;
Del olimpo crió la inmortal gente,
Resplandeciendo con ardor glorioso,
Y entre ellas la más bella criatura
Se deslumbró de ver su hermosura.

Y con soberbio y áspero semblante
Contra su Dios, ¡oh injusto pensamiento!,
«Los astros pisaré, dijo arrogante,
Y sobre el aquilón pondré mi asiento;
Y al altísimo igual y semejante
Me hará solo mi merecimiento,
Y triunfando de su excelsa gloria,
Mis hazañas tendrá el mundo en memoria.»

Al fiero orgullo consitieron luego
De espíritus innúmeras legiones,
Y de ira y rabia un encendido fuego
Abrasó los dañados corazones;
La veloz fama, oyendo el rumor ciego
Que mueven los rebeldes escuadrones,
Anunció á los humildes ciudadados
Del cielo, la traición de sus hermanos.

De coro en coro por la ardiente esfera
Un confuso murmurio se levanta:
No hay sosiego ni paz, todo se altera;
Cada uno á tomar armas se adelanta;
Tal furor muestra la tempestad fiera,

Con que á la tierra el mar turba y espanta,
 Cuando se sueltan del eóleo claustro
 Del un lado Aquilón, del otro Austro.

Entonces la discordia, (mónstruo horrendo),
 Con torcido semblante y ansia loca,
 Los escabrosos dientes sacudiendo,
 Ponzoña escupe por la negra boca;
 Y en los dañados ánimos vertiendo
 Odio eterno, á la infiel gente provoca
 Al fiero asalto, y de ira y furor llena,
 En medio de ellos la batalla ordena.

Salen los escuadrones conjurados
 Contra su Dios, al juego belicoso,
 Y por cabeza de los rebelados,
 Luzbel, angel soberbio y invidioso,
 Vertiendo por los ojos abrasados
 Y por la boca fuego impetuoso,
 Como Encelado, cuando ardiente azufre
 Del Etna arroja cuyas llamas sufre,

Y armado de su misma rabia horrible
 Y confiado en temerarias trazas,
 Resistir piensa al ímpetu terrible
 De los estoqqes y contrarias mazas,
 Y del semblante indómito y insufrible,
 Derramando crueles amenazas,
 Y obtinado en su cólera y porfía,
 Al Campión soberano desafia.

Cual toro, que herido con pungentes
 Estímulos de amor, celoso brama,
 Y aviva con mugidos impacientes
 De la ira ardiente la rabiosa llama
 Y levantando con los pies valientes
 Nubes de polvo, al enemigo llama
 Por señas á la fiera escaramuza,
 Y las armas al duro roble aguza.

Llevaba sobre el yelmo retratada,
 En alto la cabeza levantando,
 A la altiva soberbia, más hinchada
 Que odre ventosa al mundo despreciando;
 Y en el infausto escudo dibujada
 A la pálida invidia, devorando
 Sus médulas y huesos, y en su seno
 Derramando ponzoña y cruel veneno.

Con loca presunción enarbolaba
 Un estandarte negro y amarillo,
 Con que su negra culpa publicaba
 Y ardiente pena, el infernal caudillo;
 Y con ira rabiosa y furia brava,

Como en el coso, indómito novillo,
 Se presenta en el campo, y en su tema
 Con la cuadrilla infiel así blasfema:
 «¡De mi opinión espíritus secuaces;
 Aunque mas peligroso sea el alarde,
 No entre en vuestros ánimos audaces
 Sombra ni rastro de temor cobarde;
 Estad en el propósito tenaces,
 Por más que el premio que se os debe, tarde,
 Que yo en mi pensamiento voy tan firme,
 Que no puedo, aunque quiera, arrepentirme.»

Esto diciendo, de la opuesta parte
 Resplandece el ejército divino,
 Y hacia el enemigo escuadrón parte,
 Que contra el mismo Dios Luzbel convino;
 Sale cubierto el soberano Marte
 Con armas de diamante y oro fino,
 El gran Miguel, á quien dió el Padre eterno
 De sus sanctas escuadras el gobierno.

De su invencible yelmo en el cimero,
 Pintada la humildad resplandecía,
 Que al corazón más atrevido y fiero
 Sin armas pone miedo y cobardia;
 Y en el escudo de inmortal acero
 La poderosa caridad se vía,
 Con la cual en amor de Dios se inflama,
 Y en él sus criaturas Miguel ama.

Para eternas empresas reservada,
 La espada lleva en el siniestro lado,
 Y un estandarte entre la gente armada
 Iba de color rojo enarbolado,
 Mostrando con la insignia colorada
 La sangre del Cordero immaculado,
 Por quién pugna Miguel y en alto escrito:
¿Quién cómo Dios? ejército maldito.

Viendo en frente al Antígono atrevido
 Manda dar el guerrero soberano
 Aliento á las trompetas, y el sonido
 Saliendo, retumbó en el aire vano,
 Con más terrible estrépito y rüido
 Que cuando arroja con airada mano
 Júpiter rayos, que á las nubes hienden,
 Y á los mortales con el trueno ofenden.

Trábase al punto el fuego belicoso
 De ambas partes, cada uno ardiendo en ira
 Contra el otro, de fuego impetuoso
 Saetas, dardos, lanzas vibra y tira
 Mas espesas, que cuando temeroso

El puercoespín huyendo se retira,
Y contra el cazador y suelto perro
Puntas dispara del armado cerro.

Vierte Luzbel centellas abrasadas,
En humo envueltas y azufrado aliento,
Y nubes, de relámpagos cargadas,
Por la boca con ímpetu violento;
Las tinieblas confusas y mezcladas
Con el ardiente y rápido elemento,
La claridad del cielo confundían,
Y la vista á los ojos impedían.

Y de la suerte que en el reino abierto
Del aire, el Aquilón fiero contiene
Con el Noto, de negra ira cubierto,
Y el uno al otro con rigor ofende;
Y del cruel combate el premio incierto
Con el igual furor de los dos pende,
Y á quien se dé la palma victoriosa,
El aire duda y tempestad furiosa.

Así procede en la sangrienta guerra
La armada rabia y el aspecto crudo;
El uno con el otro escuadrón cierra,
Juntando yelmo á yelmo, escudo á escudo.
Caen las armaduras en la tierra,
Y dejan el espíritu desnudo,
Cayendo juntamente á medio vuelo
Las alas destroncadas en el suelo.

Pero aunque en el principio parecía
Igual el combatir de la contienda,
El ejército loco padecía
El daño entero en la refriega horrenda;
En los dañados corazones cria
Dolor, que más á su furor enciende,
Y con el pertinaz furor mantiene
La fuerza, que á faltarle después viene.

Muchos de los guerreros atrevidos
Están en el negro aire peleando,
Como las sueltas aves, suspendidos,
Globos de fuego con rigor tirando;
Otros, de saña y cólera encendidos,
Así se arrojan al contrario bando,
Como cuando el neblí se precipita
Contra la garza, á quien la vida quita.

Pero ya entre las bélicas cuadrillas
Cesa el uso cruel de las saetas,
La espesa tempestad de las cuchillas
Convertidas en pálidos cometas;
Que el que defiende las doradas sillas

Del cielo, que hoy al hombre están sujetas,
Ya la espada inmortal que fuego llueve
Contra el ángel soberbio en alto mueve.

¡Oh musa! mi cansada voz esfuerza,
A su furor igual furor me inspira,
Para que yo cantar pueda la fuerza
De este fiel capitán, bañado en ira.
Luzbel la rabia y el rencor refuerza
Cuando á Miguel delante de sí mira,
Y mientras los dos entran en batalla,
El cielo atento y espantado calla.

Del primer golpe, el Marte soberano,
Con la espada de fuego vengativa,
Hiriendo en la cabeza al monstruo insano,
Lo desvanece en su arrogancia altiva;
Y juntamente la invencible mano
Venciéndole, del cielo le derriba,
El cual huyendo por el aire vino
Como tempestuoso torbellino.

Toro, que de la tierra las arenas
Furioso con los piés esparce al viento,
Aquilón, que los árboles y antenas
Rompe, bramando con rabioso aliento;
Rayo, que de las torres las almenas
Deshace con estrépito violento,
Terremoto, que causa horror terrible,
No deben compararse al monstruo horrible.

Y cual de tempestad Boreas armado,
Que habiendo los vapores de la tierra
Con suspiros en piedras congelado,
Amenaza á las selvas cruel guerra;
Mas si se encuentra con Eólo airado,
Huye, y la boca sopladora cierra;
Así, lleno de rabia el ángel fiero,
Al momento huyó del fiel guerrero.

Corren tras él las infernales huestes
Precipitadas al oscuro averno,
Y el negro Rey de las tartáreas pestes
Dice, vuelto á la turba del infierno:
«No os aflijais, espíritus celestes,
Porque de nuestro atrevimiento eterno
Siempre nos quedará perpétua gloria,
Aunque del enemigo es la victoria.»

Dijo, y las tristes sombras en pitones,
En centauros y esfinges se volvieron,
En harpías, quimeras, geriones,
Y al cavernoso abismo descendieron;
Entre tanto, los justos escuadrones,

Acompañando al gran Miguel, subieron
Al trono de alma luz resplandeciente,
Y gracias dan al Padre Omnipotente.»

En ese mismo canto, después de testimoniar su entusiasmo patriótico en la siguiente octava:

«Y si perpétua noche al mar profundo
Y á la tierra cubriese con su manto,
No daría concorde todo el mundo
De la primera maravilla el vanto
Al templo, que Filipo, rey segundo,
Dedicó al invencible español santo.
Que cuanto mas el fuego le encendía,
Tanto mas en divino amor ardía.»

describe así la sucesión del día á la noche:

«La noche, con las alas de humor llenas,
Del mundo el seco centro va templando,
En el hombre afligido, de sus penas
El perezoso olvido derramando;
Y cuando vierte en las mortales venas
El sueño deleitoso, está igualando
Al rico con el pobre, y al cobarde
Con el que peleando en furor arde.

El labrador, que de sudor cubierto
Rompe los duros pechos de la tierra
Con el arado, y en el sulco abierto
Los granos de oro cudicioso entierra,
Rendido á la fatiga, y medio muerto
Del corvo hierro, en la cansada guerra,
Cuando lo noche por el cielo asoma,
Del trabajo cruel venganza toma.

El que el florido valle y verde prado
Priva con corva hoz de sus despojos,
En tus brazos, oh noche, recostado
Ofrece al sueño los cansados ojos;
Y en la blanda dulzura sepultado,
Olvida del trabajo los enojos;
Y el cansancio de sí va desterrando,
Al débil cuerpo nueva fuerza dando.

Eres tiempo del sueño y del sosiego,
Para que las virtudes distraidas
Con las vigiliás del desasosiego,
Al despuntar de Oriente el sol, nacidas,
Se vuelvan á ligar con ñudo ciego,
Y ligadas como antes, y en sí unidas
Descansen, y en tus brazos recostada,
Se levanten del ócio reforzadas.

Cuando el alba, del día anunciadora,
Al grande olimpo sube fatigada,
Y de cansancio tiernas perlas llora,
Bajas tú alegre á la región salada;
Y cuando cae en el mar la rubia aurora,
Vuelves á su lugar regocijada,
Y la vida al dorado joven quitas,
Mas piadosa después, le resucitas.

Tú de nuestros cuidados piedad tienes,
El húmido rocío del olvido
Vertiendo de tus alas en las sienas
De cuantos animales han nacido;
Las mieses y las plantas ricos bienes
Con tu rociada miel han producido;
Tú apacientas los astros celestiales,
Que te alumbran con fuegos inmortales.

Entonces las napeas por las prados
De los bosques alegres y gozosas,
Renovando los bailes concertados,
Se mezclan con las dríadas hermosas;
Las náyades, saltando por los vados
De las fuentes y ríos, vergonzosas
Del Sátiro y del Fauno se recelan,
Que por ver sus desnudos cuerpos velan.»

Dedica el final del día tercero á cantar el triunfo de *Lepanto*:

«A donde del concorde cristianismo
Fué roto el otomano paganismo»

y en el cuarto día consagra caluroso panegírico á nuestros reyes, desde D. Fernando y D.^a Isabel

En sus hazañas como el Rey, famosa
hasta el *tercer Filipo*

Columna de la fé, defensa suya,
por haber *esgombrado*

De la morisca y infiel secta las sombras
haciéndose con ello eco fiel del común sentir de todos sus contemporáneos, como cuando en el canto al día quinto afirma gallarda y apologéticamente su castiza y católica fe con esta gráfica figura:

«El buitre, raro al mundo y monstruoso,
Pare sin haber de ave concebido,
Y el que rie del culto misterioso
De nuestra fe, creer nunca ha querido
Que de María en el jardín precioso
Aquella eterna Vara haya nacido,
Conservando la Virgen pura y santa

La flor entera de su casta planta.
 Pero ya que dar crédito rehusa
 Esta gente perversa y obstinada
 A los justos profetas, no se excusa
 De castigo su culpa condenada;
 La ira, de que el sumo Juez usa,
 Deshará presto su intención dañada,
 Porque al infiel ejército resiste,
 Y en defensa del suyo siempre asiste.
 Y así, como en el aire suspendidas
 Las fieras ondas, con los recios vientos
 Se rompen, de si mismas sacudidas,
 Enfrenando los ímpetus violentos;
 Así serán deshechas y vencidas
 Con el propio furor de sus intentos
 Las falsas opiniones que sustentan
 Estos ciegos espíritus y inventan.»

Y dentro siempre de esta ortodoxa doctrina, proclama en el sexto día la supremacía de la razón humana contra el luterano sistema de la predestinación que la esclaviza y adherida en estas dos valientes y razonadas octavas:

«Este vivaz y celestial sentido
 Es tan pronto á cualquiera movimiento,
 Que cuando en el reposo está escondido
 No reposa jamás solo un momento;
 Antes, batiendo el vuelo sacudido,
 En un punto traspasa el firmamento,
 Y es menos caudaloso el mar profundo
 Que no un ingenio peregrino al mundo.
 ¿Y el infiel argüirá cómo presente
 Y divertida en todas partes pueda
 Del único Hacedor la eterna mente
 Regir del orbe la universal rueda,
 Siendo el humano ingenio tan potente
 Que en parte alguna nunca se le veda
 El paso, con estar aprisionado
 En la cárcel del cuerpo y asediado?»

Corona, por fin, ACEVEDO su labor poética evocando con la apocalíptica destrucción de todo lo creado, el temido juicio final en el que

«Antes tendrán los círculos errantes
 Del mundo con Apolo firme asiento,
 Y pondrán fin los astros inconstantes
 A su torcido curso y movimiento;
 Nuestros ánimos, quietos y constantes,
 No mudarán jamás el pensamiento

Que ahora apartan del camino llano
Contra el entendimiento soberano.

De cuadrillas angélicas ceñido,
El justo será en alto levantado
Para gozar el premio merecido
Que Dios tiene á los suyos reservado,
Y el malo de su culpa convencido,
Caerá con la carga del pecado
En precipicio del profundo infierno,
Condenado á vivir en fuego eterno.

¡Oh feliz día, á cuya lumbre pura
No encubrirá con el nocturno manto
De tinieblas la opaca sombra oscura,
De horrible vista y temeroso espanto!
¡Oh día de descanso y de dulzura,
Día alegre, en el cual el gremio santo,
Del enemigo alcanzará victoria,
Y tendrá premio de reposo y gloria!

Como nuestros lectores habrán observado, la cualidad saliente de ACEVEDO, es la ecuanimidad con que trata todos los temas sin que la placidez y serenidad de su espíritu, que se revela y transparenta en todos sus conceptos, como verdadera *sophrosnicæ* platónica, haga perder nada á la realidad objetiva, fielmente reflejada y pintada. Desde el principio hasta el fin no decae ni un momento, sosteniendo la acción y el estilo en aquella altura armoniosa, que requiere la grandeza del asunto, siquiera para ello, obediente como el que más á los preceptos estéticos, y muy especialmente á Tasso, á Herrera y el Brocense, reprima su natural lírico, en obsequio *al decoro de la materia*, sin caer á pesar del largo vuelo de su inspiración, en la trivialidad mediana ó en la villana llaneza del prosaismo. Para él parecen haber sido escritas aquellas palabras de su íntimo Jáuregui en su *Discurso poético*: «Antes »debe el poeta destruir cien versos ilustres que admitir con ellos uno »solo plebeyo. Infinitas perlas se desechan para juntar una sarta cre- »cida y pareja.»

Y no es, como se pudiera creer, que esta virtud fuera originada por carencia de ardor ó estro, ó por falta de facultades, no, en ACEVEDO fué verdadero sacrificio, porque cuando sin descomponer el cuadro, halla ocasión de dejar á su Musa honesta libertad se nos manifiesta su natural poético en todos los géneros.

Véase con qué bravura describe la selvática escena que él en su juventud presenciara en las agrestes dehesas extremeñas, y por contraposición, con qué delicadeza canta la belleza de la primera rosa, ó

entona en anacreónticas estrofas, báquico himno á las excelencias de la vid:

«Y así, no se dilate ni suspenda
De los toros indómitos y atroces
La furiosa nación, y la contienda
Que mueven entre sí, cuando feroces,
Soltando á los bramidos larga rienda,
Con rabia aguzan las valientes hoces
De los agudos cuernos en las rocas,
Niebla arrojando por las grandes bocas.

Destos bravos fieros animales
El dominio entre todos ejercita,
Como el rey en los súbditos leales,
El que en fuerzas no haya quien le imita;
El cual, como con leyes naturales
A obediencia, á la mandra necesita,
Y como á capitán el gran rebaño
Le busca y sigue con amor extraño.

Pero cuando del gremio se retira
Alguno de celosa rabia herido,
La ñudosa cerviz, bramando de ira,
Alza en alto con ímpetu atrevido;
La cruel vista á todas partes gira
Buscando al que en tal furia le ha ofendido,
Y si acaso con él solo se halla,
Se traba entre los dos fiera batálla.

Puestos los enemigos frente á frente,
El uno contra el otro al punto cierra;
Vierten por las narices fuego ardiente,
Segando con los piés la seca tierra;
El desdeñado toro, que, impaciente,
El fuego del sangriento Marte afierra,
Al adversario asalta por dar muerte
Hiriéndose ambos con el cuerno fuerte.

Como cuando con ímpetu violento
Dos naves de contraria gente armadas,
Alborotando el húmido elemento,
Se encuentran con las proas azotadas;
Así llegaban los dos á rompimiento,
Sin cesar de las armas destroncadas
La riña atroz, hasta que el uno alcanza
De la alegre victoria la alabanza.

Y el que por su naturaleza flaca
Quedó vencido, la cerviz rehuye
Del duro yugo, y á la selva opaca
Corrido y lleno de vergüenza huye;
El dolor concebido nunca aplaca,

Que por todas las venas distribuye,
 Cuya edad el callado curso hace
 Entre rocas, do á solas siempre pace.

Mas si goza do vive retirado
 De más valientes soplos, temerario
 Baja del monte, y de furor armado
 Traba guerra otra vez con el contrario;
 Y apenas, el combate es comenzado,
 Cuando vencido brama el adversario,
 Los valles con mugidos atronando,
 Las celestes esferas penetrando.

Pero castrando á este horrido linaje,
 Aunque está armado de rigor insano,
 Doma y amansa á su feroz coraje
 Del hombre astuto la maestra mano;
 Y con derecho y circular viaje
 Sulcando de la tierra el monte, el llano,
 Los ojos van torciendo oblicuamente,
 El yugo atado á la ñudosa frente.

¡Oh animal sobre todos venturoso,
 Que no solo eres útil cuando vivo
 Para nuestro uso, pero provechoso
 Cuando ya de la Parca eres captivo!
 Con tu piel se arma el hombre, y animoso
 Al ímpetu resiste ejecutivo,
 Y de tus armas las ballestas hechas
 Disparan muerte con agudas flechas.

.....

Vertiendo nectar la suave rosa
 Sin agudas espinas se mostraba,
 Porque su gracia, mas que el alba hermosa,
 Sin engaño en aquel tiempo brotaba;
 Mas ya nace entre zarzas espinosa
 La flor, que al sol su resplandor hurtaba,
 Mostrando que con ásperos cuidados
 Son los humanos gozos molestados.

.....

Pero yo creo que la tierra pia
 En montes, selvas, valles y collados
 Mas rica planta que la vid no cria,
 Con los racimos de oro matizados;
 Que la cumbre del plátano sombría
 Viste en torno, y con lazos enredados
 Ceñido el cuerpo de su amado tiene,
 Que sobre las espaldas la sostiene.

Parcamente su dulce humor bebido

Conforta al hombre más que otra bebida,
 Fomenta al natural calor perdido,
 Engendra pura sangre, la podrida
 Purifica y aclara, y al herido
 Restaurar hace la salud perdida;
 Al humo, que causar suele tristeza
 Deslumbra; al débil cuerpo da firmeza.

¡Dichosa vid, que de un pequeño grano,
 Trepando de los troncos las alturas,
 Tan grandes dones al linaje humano
 Ofreces de los ñudos y junturas,
 Que creciendo en el tépido verano,
 Retienen de las uvas no maduras
 El agro, á quien el sol desde la cumbre
 Vuelve dulce, cociendo con su lumbre!

Entre tanto de pámpanos se viste
 La viña fértil, alegrando al suelo,
 Con que á la injuria y al furor resiste
 Del tiempo duro y riguroso hielo;
 Que á veces suele con semblante triste
 Causar en la estación templada el cielo,
 Y se defiende del ardor terrible
 Que causa la canícula insufrible.

¿Qué cosa hay más hermosa á nuestros ojos
 Que el ver sobre los árboles colgados
 De las pendientes vides los despojos,
 Con diversos colores matizados?
 Cuyos racimos de rubíes rojos
 Y topacios en llamas abrasados,
 Que en alto entre esmeraldas resplandecen,
 Collares de los árboles parecen.

Hagamos aquí punto, porque necesitaríamos reproducir todo el poema, si hubiéramos de anotar cuanto en el encontramos digno de conocerse, copiando solamente, para terminar, la descripción *petrarquista* y de psicología experimental, que del amor deleitable hace, con dejes en parte de Ausias March, y analogías próximas de la pintura fisiológica del amante, del médico Arnolde de Villanueva, citado por Menéndez y Pelayo, en la *Historia de las ideas estéticas en España*; «Su cara se extenua día por día, amortíguanse y escóndense sus ojos y lloran por todo»:

«¡Oh fiero amor! hermoso en el semblante,
 Más con impías hazañas te eternizas
 Cuando invisiblemente del amante
 En el turbado pecho te deslizas,
 Y con dolor y saña penetrante

La fuerza de tu fuego dentro atizas,
Cuyo ardor á su rostro el color quita
Como al clavel cortado el sol marchita.

Tú, á muchos, de su honor haciendo ultraje
Entre funestos paños envolviste,
Cuando lleno de rabia y de coraje
Impetuoso les acometiste:
Tú el primo que juntó el débil linaje
Con el estrecho matrimonio fuiste,
Y en cualquier corazón que entras, derramas
Temor helado y encendidas llamas.»

IV

Cerramos la serie de los poetas placentinos, con el P. FR. ÁLVARO DE HINOJOSA Y CARVAJAL, de quien nos dice D. Nicolás Antonio, único autor que de él se ocupa, que fué natural de Plasencia, monje benedictino y había publicado: «*Vida y milagros de Santa Inés y otras obras de Poesía, en Braga, por Fructuoso Lorenzo, año de 1611, en 8.º*»

En esta obra, omitida por Rosell en el «*Catálogo de poemas castellanos heróicos, religiosos, históricos, fabulosos y satíricos*», que acompaña al t.º 29 de la B. de AA. EE. atrás citado, ya bastante rara, por no haber sido reimpressa y cuyo verdadero título es:

LIBRO | DE LA VIDA | Y MILAGROS | DE S. INES CON OTRAS VARIAS |
obras á lo Diuino. | Compuesto por el P. F. Alvaro de Hinojosa y
Caruajal, Monge de S. Benito, Colegial Teologo en el Colegio de
S. Benito | de Coimbra en el Reyno de Portugal. | *Diriguido á Do-
ña Ines de Vargas y Caruajal muger de don Rodrigo Calderon | Señor
de las Villas de siete Iglesias y la Olina y de la | Camara de Su Ma-
gestad.* | CON PRIVILEGIO (sic) REAL | Escudo. | *Impresso com licença da
S. Inquisiçao, & Ordinario.* | EM BRACA. En casa de Fructuoso
Lourenço de Basto. & a | sua custa. Anno M.DC.XI. | 407 folios, 13
de prólogo, licencias &, y 7 de Tabla; amplía el propio Fr. Alvaro,
tan exacta como breve y concisa nota bio-bibliográfica, dándonos
además en la dedicatoria, con su genealogía y familia, un cuadro redu-
cido en tamaño, pero acabado en el parecido, de nuestra historia en
aquella memorable era, sintetizada sobria y bizarramente en la épica y
briosa vida de sus más cercanos deudos, tipos todos auténticos de los
españoles de antaño, de cada uno de los que se puede decir sin hipér-
bole, lo que de la gente lusitana cantara *Camoens*:

Si mais mundo houvera, la chegara.

«Suelen los hombres—escribe Fr. Alvaro—que por alguna ocasión »forzosa salen de sus tierras dexando acaso allá algún tesoro, informar »de ello á sus hijos, para que andando el tiempo sepan adonde quedó »y puedan aprobecharse del; lo mismo me ha acaecido á mi, á quien »mi padre don Juan de Hinojosa y Carvajal en compañía de mi madre »doña Inés de Loyola sacó de Castilla mi patria y traxo de quatro »años á este Reyno de Portugal por ocasión de guerras, en que el di- »cho padre mio andaba ocupado sirviendo á su Magestad con cargos »de milicia; y sacándome (como he dicho) de mi patria, siempre mis »padres tuvieron especial cuidado de avisarme del tesoro que allá les »quedaba y del lugar donde le hallaría. Este tesoro es el de la nobleza »y antigüedad de sangre; el lugar adonde me dixeron que lo hallaría »es V. m., en quien depositó y atesoró la familia de los Carvajales to- »dá su honra, nobleza y virtud» y más abajo añade: «que me he que- »dado solo, pues las guerras en que la mayor parte de mis deudos más »cercanos han servido los han consumido poco á poco quasi todos; »conviene á saber, á don Agustín, hermano de mi padre, que murió »peleando en una galera de Turcos en la batalla naval, don Francisco »tambien hermano de mi padre murio en Chile peleando, don Luys »mi hermano murio viniendo de la jornada de Bretaña el año 95, don »Luys mi sobrino murio en el canal de Inglaterra peleando, y ultima- »mente fue Dios servido de llevar á mi padre siendo Castellano del »Castillo de S. Juan de la Foz del Puerto y en el mismo tiempo al Se- »ñor don Álvaro de Carvajal, Limosnero mayor de su Magestad, y al »Señor don Alonso de Soto mayor, á quien tenia en lugar de padre».

Tenemos aquí aclarados los más interesantes antecedentes biográ-
ficos de nuestro poeta; su raza, de santos y héroes; su filiación, erró-
neamente atribuida por Barrantes, en su *Aparato Bibliográfico para la*
Historia de Extremadura, á D. Álvaro Hinojosa y Carvajal, Señor del
Tozuelo y padre que fué del primer Conde de Torrejón, de quienes,
como de su parentesco no hace siquiera mención Fr. Alvaro; la fecha
aproximada de su nacimiento, que debió ocurrir por los años de 1576
ó 1577, pues la guerra y conquista de Portugal por el Duque de Alba
para Felipe II, tuvieron lugar en el año de 1580, después de las que,
y ya pacificado el país, sería el traslado de la familia de Hinojosa; que
éste, por devoción ó por la costumbre de las familias nobles, corrobo-
rada en este caso por étnica tendencia, de dedicar sus segundones á las
armas ó al sacerdocio, iglesia ó mar ó casa real de nuestro antiguo
adagio, profesó en la orden de San Benito, y se educó literariamente
en la célebre Universidad de Coimbra, que era á la sazón *civitas inter*
alias totius Hispaniæ in re litteraria florentissima; donde ya graduado
en teología, continuó como colegial del de San Benito dedicado al es-
tudio, que era uno de los principales, sino el más, de los fines perse-
guidos por la ilustre y antigua Orden monástica á que pertenecía.

En Coimbra, á orillas del *claro y saudoso* Mondego, escribió sus poesías, «en tiempo en que andaba ocupado en sus estudios», dice él en el final de la dedicatoria, y aun cuando promete hacer otro libro «si quedare León este su primer hijo» después que el lector lo vaya poco á poco figurando, como con la lengua figura la Leona el hijo *rudo y indistinto de miembros*, sólo conocemos de él, con posterioridad, un soneto y unas redondillas encomiásticas de la «Relación de la Real Tragicomedia con que los Padres de la Compañía de Jesús, en su Colegio de San Antón de Lisboa, recibieron á la Magestad Católica de Felipe II, y de su entrada en este Reino; con lo que se hizo en las villas y ciudades en que entró, por el P. Antonio de Sosa, año de 620».

Desapercibido pasó, al parecer, el libro de FRAY ÁLVARO, para sus contemporáneos castellanos, entre el sinnúmero de libros devotos en prosa y verso de la época, y su nombre hubiera permanecido aún en el olvido si D. Justo Sancha no hubiera insertado en su *Romancero y Cancionero sagrados*, que forma el t.º 29 de la B. de Rivadeneyra, dos composiciones suyas que se destacan entre las infinitas joyas en la colección acumuladas y bastan á diputarle por poeta verdadero.

Es la primera un soneto á la Virgen que dice así:

No sois vos, Virgen santa y escogida,
Un Dios que rige el estrellado velo,
Ni sois tampoco vos el mismo cielo,
No luna, sol ó estrella conocida.

Ni sois tampoco vos la misma vida,
No angel de ligero y presto vuelo,
Ni como cosa alguna acá del suelo,
Por mas bella que sea y mas lucida.

Digo lo que no sois, porque deciros
Lo que sois, imposible me parece;
A Dios es reservado tal tesoro.

Solo el que solo pudo producirlos,
A quien toda esta máquina obedece,
Podrá decir de vos bocados de oro.

y la segunda, un romance á San Pablo, primer ermitaño, que comienza:

Recostado en un bordón,
Que el flaco cuerpo sustenta,
Teniendo entre él y el pecho,
Ambas manos sobrepuestas:
Torcidos y descompuestos
El cabello y barba luenga,
Si bien de color de nieve
Insignia de su pureza.

Cubiertos los laxos miembros
De una túnica de jerga.

y termina

Esto dijo y abajado,
Con una concha pequeña
Sacó agua y en bebiendo
Otra vez mira y contempla.

que parece un cuadro de Zurbarán, por lo sobrio del color, lo vigoroso del trazo y la severa y ascética entonación.

Quien así siente y expresa, bien merece el nombre de poeta, y FR. ÁLVARO DE HINOJOSA, con su único libro nos dejó testimonio elocuente de su valía literaria; espontánea, fluida y sobre todo sincera.

(Concluirá en el número próximo)

Daniel Berjano.

A. C. de la Historia.

¿QUIÉN GOBIERNA Á ELLO?

—¿Qué es el hombre? ¿qué es Dios?... Ambos un mito,—
altivo, no hace mucho, nos decía
un concejal que ha dado en la manía
de echárselas de sabio y erudito.—

Al exponer la idea de lo finito,
combatiendo, chistoso, su teoría,
le preguntó un guasón si conocía
á Séneca, Plutarco, Horacio y Tito.

—Heterodoxas son é impertinentes
las citas de los nombres revesados,—
el necio concejal dijo entre dientes:—

No los conozco, pues serán soldados,
ó gitanos tal vez, porque esos entes
no están en mi distrito empadronados.

† ADOLFO VARGAS.

DESHIELO

Á DANIEL BERJANO



los dos años de haber tomado posesión de su cátedra de Agricultura, el día ocho de Septiembre, Jesús Vallejo se casó con Anita Huertas, una de las mejores colocaciones de *Urbisosa*. La boda motivó los comentarios acostumbrados, cuando el novio no tiene otro capital que una modesta carrera y la novia aporta buena dote en el presente y una saneada *hijuela* en perspectiva; pero como la generalidad de los muchachos de *Urbisosa* escasamente demuestran habilidad sino descorchando botellas de manzanilla entre mujerzuelas y jugando á la *capicúa* mientras no se toleran los *prohibidos*, se dió una vez más el caso de que un forastero se alzara con la prebenda. Bien despellejaron á Jesús los incasables de ambos sexos, recalcando las buenas tragaderas del mozo, que apechugaba con una muchacha tiesa cual un asador, lisa por todos lados, como si su desmedrado cuerpo tuviera horror á las redondeces y poseedora de unos ojillos grises inexpresivos, comparables por su fealdad á la nariz remangada, que parecía una excrecencia de la pecosa y abuchetada cara. Cierto que todos alababan la buena educación de Anita y el excelente gusto que presidía á su tocado y compostura, siendo además de las pocas muchachas que redactaban una carta con sentido y ortografía, se persignaba como enseña el catecismo y nunca concurrió vestida de chula á los bailes del Casino Nuevo, en los que la mayoría de las niñas de *Urbisosa* lucen pañolones de Manila prestados, algunos de la propiedad de *artistas anónimas* vecinas del barrio del *Cuartel*, haciéndose con tal prenda gran derroche de abigarramiento por unas, de in-

sulsez y necedad por otras y de cursilería por casi todas. A buen seguro que hubieran cargado gozosos con Anita aquellos que más criticaron á Vallejo; los mismos que apestaban á aguardiente en los bailes aludidos y se movían como gansos alicortados con el smocking de saetre de portal; pero como habían renunciado á la mano de la de Huertas del propio modo que *Don Simplicio de Bobadilla*, á la de *Doña Leonor*, ponderaban la falta de gracias de Anita y de delicadeza de Jesús, sin temor de que lo atribuyeran á despecho.

Los recién casados no hicieron viaje de novios; instaláronse con decencia, sin lujo, y como lo hecho hecho estaba, ante la sencillez de sus costumbres y el ostensible cariño que mostraban, pronto variaron de rumbo las críticas dejándolos ser tan felices como parecían. Y Anita lo era en efecto. Dueña de aquel mozo recio y sano, de magnífica barba rubia, nariz aguileña, que le daba á la fisonomía una expresión de perspicacia acentuada por los ojos azules claros de un extraño brillo metálico; viéndose amada y considerada, sin esos halagos dulzones más fugaces que la luna de miel, correspondía á Jesús con una ternura íntima, callada, capaz de las mayores abnegaciones y de resistir la prueba amarguísima del desengaño brutal. Conociendo que su marido era todo un buen mozo y atribuyéndole por instinto el talento y la sagacidad que realmente le adornaban, Anita Huertas, sin saberlo, se había por completo supeditado á su consorte y se estremecía solo de pensar que la extraña mirada de Jesús cayera sobre ella con ira ó desprecio. La mujer en algunos momentos le querría más efusivo, sin aquel tono ligeramente seco y glacial; pero cuando recordaba las tremendas sorpresas que habían surgido en varios matrimonios apenas comido el pan de la boda, Anita se regocijaba con la idea de que la condición reflexiva y fría de Vallejo había de preservarla de esos desplomes de ilusiones y ensueños, que entierran muy hondo y para siempre la ventura matrimonial.

El tiempo pasaba velozmente sin que hubiera indicios de sucesión, con discreta pena de la mujer y con visible mal humor del marido. Era la única nubecilla en el cielo de su felicidad, porque Anita, aunque con trabajo, llegó á acostumbrarse al respetuoso y creciente despego de Jesús.

—Tiene el carácter reconcentrado en extremo—decía la esposa á su madre—pero me quiere, vaya; y me considera hasta con exceso.

—Sin embargo, esa frialdad, ese mirar punzante y duro... Hija, tu marido es de *carámbano*.

Efecto del temperamento. Además, criado con tantas necesidades

bajo la férula de un canónigo egoísta, al que sabes como lo califica, ya ves... En fin ¡si Dios nos diera hijos!

—Aun no es tarde, ya vendrán...—Sí, pero entretanto Anita veía que su marido de semana en semana se mostraba más glacial y concentrado, hasta hostil. Comenzó para ella ese dolor sordo que causa lo injusto y que solo cabe en las almas tiernas donde el amor vive como en santuario, aunque allá en lo más íntimo de su pecho protestaba contra la actitud de Vallejo, rayana en cruel. ¡Pues qué! ¿no era la culpa, si culpa había, imputable á entrambos? Y sobre todo, el no tener hijos es una gran contrariedad, no una desgracia.

—¿Qué tienes Jesús?—le preguntaba amorosamente.

—Nada... En realidad es que noto un vacío; suspirando siempre por la vida de familia ahora no veo realizado mi afán. ¡Ojalá sea el único!

—No hables así, que me haces daño.

—¡Te das por ofendida!... Me preguntas qué tengo y te lo digo paladinamente.

—Bueno, pero hablas con un tono... Yo también suspiro porque Dios nos mande un hijo, se lo pido casi con más fervor por ser un deseo tan vehemente en tí; pero, hijito, si no nos lo concede...

—Me harás infeliz.

—¡Yo, pobre de mí! ¿pues no te digo que lo ansío tanto como tu? La culpa no sería solo mía...

—Es verdad—interrumpió el marido con despecho—si aquí hay un culpable, soy yo.

Y lanzó sobre su azorada mujer una mirada de desdén—la tan temida mirada—que la anonadó. De los ojillos grises de Anita se escapó una lágrima que pugnó por contener; pero era la primera que le causaba el buen mozo y tan grande y tan amarga que los párpados no pudieron retenerla.

—¿A qué viene eso? preguntó Vallejo con sequedad.

—Perdona, hombre; me apena el no verte contento.

Respuesta tan generosa le desconcertó mortificándole.

—Dejémonos de comedias sentimentales—siguió Jesús con la misma dureza—Yo debí prever esto... Tu constitución poco sana...—Anita vió clara una alusión á la falta de belleza de su desmedrado y flácido cuerpo, y le pareció tan brutal, que enrojeció hasta la raíz del cabello mientras por las mejillas le fluía el llanto. Irritaba al marido aquella muda congoja, y por extraña sugestión sentía ganas de hacerla más viva é intensa, como si quisiera castigar así la esterilidad de su mujer, El tono seco se hizo irónico, mordaz. No debía ella apurarse, pues

ambos comprenderían, que era mejor no tener descendencia si había de ser raquítica, escrofulosa, anémica, y por ende, degenerada y desprovista de belleza... No valía la pena, pues, tomarlo por el lado trágico... Él la autorizaba para que se calmase.

Anita dióse á cavilar en la singular escena ocurrida y no pudo —aunque quiso—hallarle justificación. Presentía que se le escapaba el cariño de aquel buen mozo á quien tanto amaba, y con amargura tuvo que concluir que nunca debió quererla cuando sin motivo la había maltratado de modo tan feroz. Y empezó esa vida de tenebroso dolor de la mujer abnegada que sorbe sus lágrimas ante el tirano, finge sonrisas al indiferente y con heroica resignación asiste á la innoble comedia del marido, en sociedad atento y correcto, mientras en la intimidad muestra crueldad felina, la más refinada. Sobreponiéndose á su duelo, Anita asistía á la agonía de sus ilusiones con admirable entereza. No era la hembra cobarde, la resignada víctima que, engalanada y sonriente, se presta al sacrificio adulando al verdugo y ofreciéndole el cuello en postura escultural: Ana Huertas se abroqueló virilmente en la altivez de sentimientos de la mujer digna, y respondió á la conducta de Vallejo con una inalterable serenidad, exenta de provocación. Pero á solas ¡qué dolorosa porfía se apoderaba de la desventurada! Entonces se palpaba febrilmente el hundido seno buscando la huella de la ansiada maternidad, y miraba sus contornos para sorprender la depresión de una línea, la deformación de un solo músculo, que denunciara la vida intrauterina del suspirado hijo... y nada, siempre aquellos ángulos agudos, aquellos huesos prominentes...

Una tarde regresó Anita de casa de su madre presa de extraña ansiedad, las pupilas radiantes, pálidas las mejillas y sintiendo una singular comezón en todo el cuerpo. Por la noche notó Jesús que la ordinaria serenidad de su mujer era realzada por algo como luminoso, fosforescente, cual si sus pupilas se hubieran hecho diáfanas y de ellas irradiara un efluvio, que la envolvía como á los mártires cristianos el nimbo de la gracia y de la paz.

Ya hacía una semana que el matrimonio no cruzaba una frase y ahora Jesús la contemplaba disimuladamente. Ella lo advirtió y se estremeció de emoción. Al día siguiente estaba Anita bajo el soportal de madera que á guisa de estufa habían construido en el ala del jardín que mira á Mediodía. Era el mes de Octubre y los cuadros se poblaron de crisantemos blancos, violáceos y amarillentos, asemejándose las matas á cojines bordados. Hasta el soportal, lleno de macetas de begonias empedradas, ficus, heliotropos y enredaderas cuajadas de

campánulas azuladas y carmíneas, llegaba el olor acre de tierra mojada, mezclado con el penetrante de los dondiegos y el salitroso de los geráneos. Anita, sin hacer caso de la labor de malla que destacaba el color verde mar del delantal de peto, seguía con ojos errabundos el vagar de las nubes, desgarradas tras el aguacero, y parecía absorta en la contemplación de los tonos de que las revestía el sol al morir: azul plomizo y gris acanelado al saliente, del rosa pálido al púrpura y escarlata en el cenit y ambarino y rojizo fulgurante en el ocaso. Jesús Vallejo entró en su despacho de vuelta de paseo y desde allí vió á su mujer sin la carátula de la apacible serenidad, muda, en dolorosa actitud, que miraba al cielo sin ver y alargaba el cuello sin escuchar, semejante á melancólica sonámbula y el marido sintió piedad, veía algo extraordinario en Anita que la hacía más atractiva. Era la hora del crepúsculo, instantes de la más vaga poesía en la naturaleza, que con las tintas pálidas, la luz difusa, todo parece que se esfuma, se idealiza, provocando al ensueño y á la confianza é inundando el espíritu de los que sufren y no desesperan de dulce emoción, de paz, de *saudade*. Ante el espectáculo que presenciaba Vallejo, por indefinido impulso salió al jardín, y apenas se dió cuenta de que su voz tenía un dejo de ternura al decir junto á una nuca poblada de sedosos caracolillos:—

¡Ana!—Ella se estremeció de pies á cabeza y lanzó un ahogado grito al ver á su lado á Jesús.

—¡Ah! te asusto...

—No me mires de ese modo—exclamó la mujer con ronca y angustiada voz.

—Venía á buscar la paz...

—¡Bendito seas!... No será en balde, verás. Mira, aquí no... más lejos... ven...—Y le arrastraba á un rincón del portal, donde, entre enredaderas de jazmín y macetas de heliotropo, envueltos por las últimas ráfagas de levemente carmínea luz, temblándole á ella las mejillas y las lágrimas, lo balbuceó muy quedo, muy bajito., ¡al fin iba á ser madre! Jesús Vallejo se tambaleó como un borracho, tendió rígido los brazos y lanzando un grito atiplado y vibrante cual relincho de caballo semental, la besó con toda su alma, exclamando la mujer con fingido despecho:

—Anda, bárbaro, que ya lo lograste.

*
* *

Y llegó el suspirado y temido momento en el que habían de realizarse las ilusiones de Anita y Vallejo. Éste volvió á ser el marido

correcto, aunque frío, que antes de temer tan seriamente por la sucesión.—No está más que rotó el *carámbano*—decía la suegra. El *principito* tardaba de veras. Jesús Vallejo hablaba con su suegro en el gabinete contiguo á la alcoba de la guerra de Cuba y percibían con toda claridad suspiros profundos, ayes prolongados y deprecaciones angustiosas, que entorpecían el uso de la palabra á Jesús, quien procuraba disimular su emoción.

—Sigue, hombre; las primerizas apuntan en Adviento y disparan en Navidad. Decías que la carta de Weyler al Duque de Guadiloba...

Al fin sonó un ¡ay! estridente, agudísimo, y otro y otro, dejando adivinar el desgarramiento brutal y magnífico de un seno para mandar un ser á la vida y casi simultáneamente el ruido velado del lloro del recién nacido; ese clamor inexpresivo semejante al gangueo de los moribundos, como si la criatura humana empleara la misma inarticulada protesta contra el tránsito brusco y fatal de la vida ó á la vida.

Jesús se precipitó á la puerta.

Espera—gritaba la suegra—Niña, niña,—anunciaba con gozo.

Cuando Vallejo entró en la alcoba, le pareció su mujer más diáfana y luminosa que en la tarde memorable en que supo la nueva feliz. Temblábanle aún las carnes á la parturienta, violáceo cerco orlábale los ojos, ahora impregnados de melancólica dulzura y las mejillas conservaban leve humedad; que no puede recibirse la santa investidura de la madre sino desgarrándose las entrañas y con lágrimas en los ojos.

Mírala á ver si la cambias por el principito que querías.—Y le mostraban rebujada en una sábana una niña rosada y opalina, rubia como la miés y con los ojos azules, de ese azul que tienen las lagunas en las tardes claras del mes de Enero. Jesús Vallejo la besó sin mirarla siquiera; pero al poner sus labios secos en aquel cútis de seda, sintió que en su pecho se desgajaba algo como la nube en lluvia, y una emoción dulcísima le hizo derramar lágrimas de ternura al sentir irradiarse por todo su ser el sentimiento fecundo y bendito de la paternidad. Luego llegó á la cama y besó á su mujer con unción; fué el beso de las almas ante el fruto de su amor. Ahora sí que serían felices.

—¿Qué te parece del hombre de *carámbano*?—dijo el suegro á la suegra.

—Que ante este sol—y mostraba á la niña—vino el *deshielo*.

DIEGO MARÍA CREHUET.

CRÓNICA REGIONAL

Sumario:—La Fiesta del Trabajo.—*El Dos de Mayo* en Badajoz.—La Cruz de Mayo.—Fallecimiento.—Presidente de esta Diputación.—Elecciones.—Curiosa estadística de la langosta.—Gran proyecto de aprovechamiento de fuerza del Tajo.—Lluvia alarmante.—Don Adolfo de Vargas.—Un artista extremeño premiado en París.—Solemne velada.—La feria.—*En pleno siglo XX.*—Nuevos Diputados.—Motines.—Huelga.

18 de Mayo.

No estamos tan apartados de las corrientes que en otras naciones y pueblos de nuestra misma patria agitan la sociedad, que de vez en cuando los vientos reinantes que levantan borrascosas olas en otras partes, no hinchen aquí la onda que acusa la pulsación de esa masa obrera llena de vitalidad, que ha de traer al presente siglo hondas transformaciones.

El 1.º de Mayo la sociedad *Germinal Obrera* de Badajoz, celebró la «fiesta del trabajo,» recorriendo las calles en ordenada manifestación mil obreros que á ella pertenecen, á los que momentos antes, en su domicilio social dirigió la palabra la primera autoridad de la provincia, el Gobernador civil Sr. López Oyarzábal, recomendándoles cordura, y poniendo remate á su breve discurso con un *¡Viva el obrero de Badajoz!*

Llevaron en la manifestación bandera blanca en que se leía: «¡Paz universal!; Ocho horas de trabajo; Ocho horas de instrucción y recreo; Ocho horas de descanso; ¡Llor á los mártires del trabajo!» y según un periódico, «iban mudos, graves, correctísimos, resultando el acto imponente, grandioso, severo». Por la noche hubo un *mitin* en que una docena de oradores parafrasearon lo que, en esencia, dicen los obreros de todas partes en análogas ocasiones.

* * * Así entramos en el actual mes.

Seguió el *Dos de Mayo*, fecha gloriosa que no solo en la Corte se conmemora, sino tambien en Badajoz, acudiendo en procesión cívico-religiosa ante el monumento de Menacho, municipio y autoridades, en recuerdo del valeroso defensor de la plaza asediada por Sault.

Pero en los primeros años, y no hace muchos, qué siguieron á la erección del obelisco, celebrábase la fiesta con mayor concurrencia y realce, habiendo decaído pronto; siendo de lamentar que en el presente año haya llamado la atención «la escasa representación del Ayuntamiento» entre las comisiones militares y fuerzas de la guarnición que asistieron al acto.

Difícil es arraigar costumbres en estos tiempos en que los vientos que soplan de todas partes arrancan las seculares...

¿Qué es ya de aquellas romerías de Cáceres á Santa Lucía, San Benito y Santa Olalla de las que volvían las muchachas del pueblo cantando y tocando las panderetas en larga hilera de carros, ó cabalgando

á la grupa, ofreciendo vistoso cuadro en esplendentes días de primavera?

Por excepción se puede señalar que siga alguna garrida moza, deteniendo vuestros pasos en la calle, pidiendo que echeis en la bandeja unas monedas para la *Cruz de Mayo*. Chicuelas que os asedien no faltan; no, importunando, y en algún zaguán ó habitación baja vereis la *Cruz*, que no siempre se distingue entre aquel cúmulo de cosas divinas y profanas: imágenes de talla, estampas, pañuelos de Manila, gargantillas y arracadas de oro, flores; *revolútum* pintoresco que pone en movimiento á todo el barrio.

Mas la capillita de la casa de Abrantes que en ese día se franqueaba, por el *Lignum Crucis* que en ella se guarda, ya no se abre y pocos jóvenes saben que hay en la ciudad tan preciosa reliquia.

* * * ¿Con qué notas en este mes contamos? Véanse:

El fallecimiento del Diputado provincial D. Demetrio Gutiérrez que como presidente de edad dirigió los debates algo borrascosos que se suscitaron al constituirse la Diputación de Cáceres en el mes anterior.

Digamos, de ésta, que fué elegido Presidente, el ilustrado joven D. Eloy Sánchez de la Rosa que tiene, como herencia, el espíritu reorganizador de su señor padre D. Clemente que tan buena memoria dejó en el desempeño de ese puesto, donde hoy el hijo es de esperar que cumpla como bueno.

Para los políticos nada más atractivo que las elecciones. No las hay de Diputados *en ó á* Cortes (como ustedes gusten) todos los años y mañana es el día de las emociones, donde las haya, pues en la provincia parece que todo será llano para el Gobierno que no ha de disgustarse porque un aspirante se retire ni porque otros hagan una oposición más ó menos platónica.

No es cosa extraordinaria en Mayo la plaga de la langosta, pero sí es de notar el incremento con que se presenta en estos últimos años. Una curiosa estadística nos ofrece *El Dardo*, de Plasencia, en su número del día 12. Dice así:

«En una observación hecha el 28 de Abril, dió una onza de mosquito 1.040 insectos. Teniendo en cuenta el desarrollo adquirido hasta hoy día, se pone á la onza 900 insectos de los tres tamaños que existen; de modo que las 4.499 arrobas y 20 libras que se han enterrado en solo cinco días, arrojan un total de **1.619.928,000.**»

Ocurre que los trenes no pueden rodar en ciertos momentos, á pesar de los escobones que van barriendo los carriles; y en el término de Cáceres ha arrasado algunos campos, y lo mismo cuentan de otros muchos lugares.

* * * Cuando se publicó en la REVISTA DE EXTREMADURA en su 5.º número de 1899 un trabajo sobre Hidrografía de Extremadura en el que se preconizaba como el mejor medio de regeneración económica de la región el aprovechamiento de la fuerza motriz del Tajo, no creimos que la aplicación de la idea fuera tan inmediata como parece va á ser.

En efecto: en este Gobierno civil se ha presentado un proyecto, acompañado de los planos correspondientes, del sabio profesor de la Escuela de Ingenieros Sr. Gaztelu y en virtud del cual el Excelentísi-

mo Sr. Marqués de Casa Torres, solicita la concesión de una presa y salto de todo el caudal del Tajo en el sitio denominado Salto del Gitano, término de Acehuche y Alcántara.

Esta obra que costará millón y medio de pesetas, y que en nueve meses por lo menos del año podrá desarrollar una fuerza de 12.400 caballos de vapor trasportables en energía eléctrica á poblaciones que disten menos de 100 kilómetros ¿cuánto no habrá de fomentar nuestra raquítica industria?

Y cuenten con que el desnivel del Tajo entre Puente del Arzobispo y Alcántara, es de 224 metros, de los cuales sólo serán aprovechados en el proyecto de referencia unos 35, de manera que queda margen para otros muchos y vastos.

* * * Ayer, nubes primaverales rociaron la tierra con contento del labrador. Nosotros veíamos caer el agua con desasosiego. ¿Por qué? Porque decíamos: Señor: ¿si se perderá el tesoro que tiene Cáceres con su rica biblioteca?

Ocurre que instalada en el piso alto del Instituto de 2.^a enseñanza, donde se efectúan importantes obras, hállase en estos días á cielo descubierto, sin más protección que tejadillos de tablas colocados sobre los estantes y unas lonas y esteras que defienden los libros por delante.

El peligro durará á lo sumo ocho días más.

* * * Nos traen la infausta noticia los periódicos de Badajoz de que ha fallecido D. Adolfo de Vargas, buen poeta, y apreciado colaborador de esta REVISTA.

Cuentan de él que era ingenioso en su conversación, encubriendo con chistes sus dolores.

Hace unos meses nos remitió varios sonetos. Pensábamos preguntarle si eran inéditos... Hoy insertamos en su honor uno de ellos.

Esperamos que en su larga enfermedad Dios le haya asistido para «vencer la cuesta que conduce al cielo» como en estas páginas expresó él mismo.

* * * No sabemos cómo dejamos de incluir en la Crónica anterior la siguiente nota:

«Al notable calígrafo y dibujante de la Comandancia de Ingenieros de Vitoria D. José A. Caballero y Vizuite se le ha concedido en la Exposición Universal de París diploma de *medalla de oro* por un artístico cuadro de trabajos de dibujo que ha presentado.»

Fué publicado este suelto por *La Correspondencia de España* y reproducido por varios periódicos extremeños, que consignaron que el Sr. Caballero es natural de La Parra (Badajoz) y que conociendo su modestia y valía la recompensa otorgada era motivo de satisfacción para todos sus paisanos.

Lo es en efecto y la REVISTA se congratula de ese triunfo.

—No queden en el tintero otras noticias.

El Ateneo Escolar de Badajoz ha celebrado solemne velada literaria con asistencia de S. Il^{ma}. el Sr Obispo y del Gobernador Civil.

Aquí comienzan los preparativos de feria. Al fin parece que ha-

brá corridas de toros, fiesta obligada para atraer forasteros. Julia Sala la conocida actriz, comienza su campaña teatral esta noche en Variedades.

En Badajoz hay duendes, según certifican los vecinos de una casa. Se erizan los cabellos sabiendo lo que allí ocurre. Rasgan las sábanas de las camas; tiran al suelo las almohadas que caen formando cruz; varios chirimbolos de la habitación mudan de sitio, y se desvanecen estos prodigios poniendo cruzados sobre el lecho dos machetes.

Ya tiene con esto un apunte más nuestro amigo Hurtado.

Los periódicos de allí se asombran de que *en pleno siglo XX*, etc.

«Un loco hace ciento». Convecino tenemos que se pasa el día haciendo visajes mirando al firmamento, olfateando ciclones y tempestades, y allá la prensa grande, y acá, la más modesta de la región, hacen coro diciendo: «¡Es mucho ese hombre! ¡Cuidado con su sabiduría!»

Parafraseemos nosotros diciendo: *No nos asombramos de que en pleno siglo XX.....* etcétera.

* * *

22 de Mayo.

Retrasada la impresión de lo anteriormente escrito, podemos hoy consignar noticias del resultado de las elecciones.

Badajoz. Capital: D. Casimiro Lopo, D. Luis Pérez de Guzmán y D. Arcadio Albarrán; Almendralejo: D. Alejandro Groizard; Castuera: D. Ricardo Fernández Blanco; Don Benito: D. Carlos Groizard; Fregeñal: D. Eugenio Silvela; Llerena: D. Pedro Gallardo; Mérida: D. Antonio Pacheco; Villanueva de la Serena: D. Antonio Cortijo.

Cáceres. Capital: D. Lorenzo Moret; Alcántara: D. Luis Montesinos; Coria: D. Laureano García Camisón; Hoyos: D. Rafael Durán; Navalmoral de la Mata: D. Clemente Sánchez; Plasencia: D. Ramón Cepeda; Trujillo: D. Andrés Castellanos.

Terminada la elección en Jerez de los Caballeros, á consecuencia de ser detenido un sujeto, el pueblo se amotinó, asaltando el Ayuntamiento y quemando la documentación de consumos, según *El Imparcial*. La guardia civil tuvo necesidad de disparar, causando un muerto y un herido.

También se han ocasionado disturbios y heridos en Almendralejo.

—La huelga de los braceros agrícolas en Badajoz de que da noticia aquella prensa, tiene excepcional importancia. Los socios de la *Germinal* impidiendo que marcharan al campo trabajadores y carros; la limpieza de la población sin poderse hacer; árbitros aquellos para conceder que saliera un carruaje que habría de traer, de una quinta á la ciudad, á una señorita hija del que ha sido elegido diputado, Sr. Lopo; las relaciones manifiestas que tienen con los de otros pueblos de la provincia, indican, en fin, cómo el socialismo se extiende.

No tenemos espacio para dar cuenta de las peticiones que formulan. Se anuncia que darán un manifiesto.

Un Cacerense.

Revista de Extremadura.

ÓRGANO DE LAS COMISIONES DE MONUMENTOS DE LAS DOS PROVINCIAS
HISTORIA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA
SE PÚBLICA TODOS LOS MESES

Precios de suscripción: un año. 6'00 pesetas.
Número suelto 1'00 --
Número atrasado 1'50 —

La correspondencia literaria al Secretario de la Redacción:

D. JUAN SANGUINO,
Fuentenueva, S, CÁCERES

La correspondencia administrativa al Administrador:

D. MANUEL CASTILLO,
Margallo, 46. CÁCERES

Gran Fábrica y Taller

DE

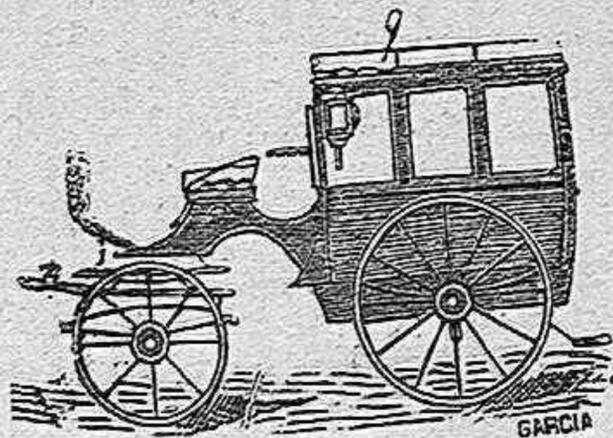
CONSTRUCCIÓN, REPARACIÓN

Y

MODIFICACIÓN

DE COCHES DE TODAS CLASES

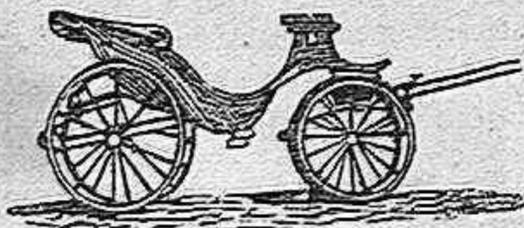
fundada en el año de 1860.



Buen gusto.

Elegancia.

HIJOS DE V. BOMATI



Solidez.

Economía.

Adelantos modernos.

Calle de Zamora, 57 y 59,
SALAMANCA

En depósito toda clase de carruajes, desde el elegante «landau», hasta el popular «omni-bus».

Figurines de modas en este ramo, tanto de España como del Extranjero, debidos á sus activos corresponsales.

Se suministran catálogos á quien los pida.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL



COMPañIA DE SEGUROS REUNIDOS

Domiciliada en Madrid, calle de Olózaga, n.º 1.

Capital social efectivo. Rvón. 48.000.000

Superior al de todas las demás Compañías que operan en España.

Primas y reservas	Rvón. 179.911.064'00
Siniestros pagados desde su fundación	Rvón. 349.891.410'00
Siniestros pagados en 1990	Rvón. 10.639.010'00

(Más que reunidas todas las demás Compañías que operan en España.)

38 AÑOS DE EXISTENCIA

Seguros contra incendios.

Esta gran compañía **NACIONAL** contrata seguros contra los riesgos de incendios.—El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público habiendo pagado por siniestros, desde el año 1864, de su fundación, la suma de reales 349.891.410'00.

Seguros sobre la vida.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Renta de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas **MAS REDUCIDAS** que cualquiera otra compañía.

La prima fijada al hacer el seguro es inalterable. Esta Compañía no hace ofrecimientos pomposos, lo cual es tan fácil de hacer como difícil de cumplir. A su seriedad y exacto cumplimiento en los siniestros se debe la importancia que goza y la preferencia de que es objeto.

Las cosechas se aseguran en pie, en gavillas, en la era y el grano en los graneros por el transcurso de un año á la reducida prima de **SEIS** reales por cada mil.

SUBDIRECTOR EN EXTREMADURA

D. CLAUDIO GONZÁLEZ ÁLVAREZ,

Agente del Banco Hipotecario de España en esta Provincia.

Oficinas: Plaza Mayor, 16.—CÁCERES.